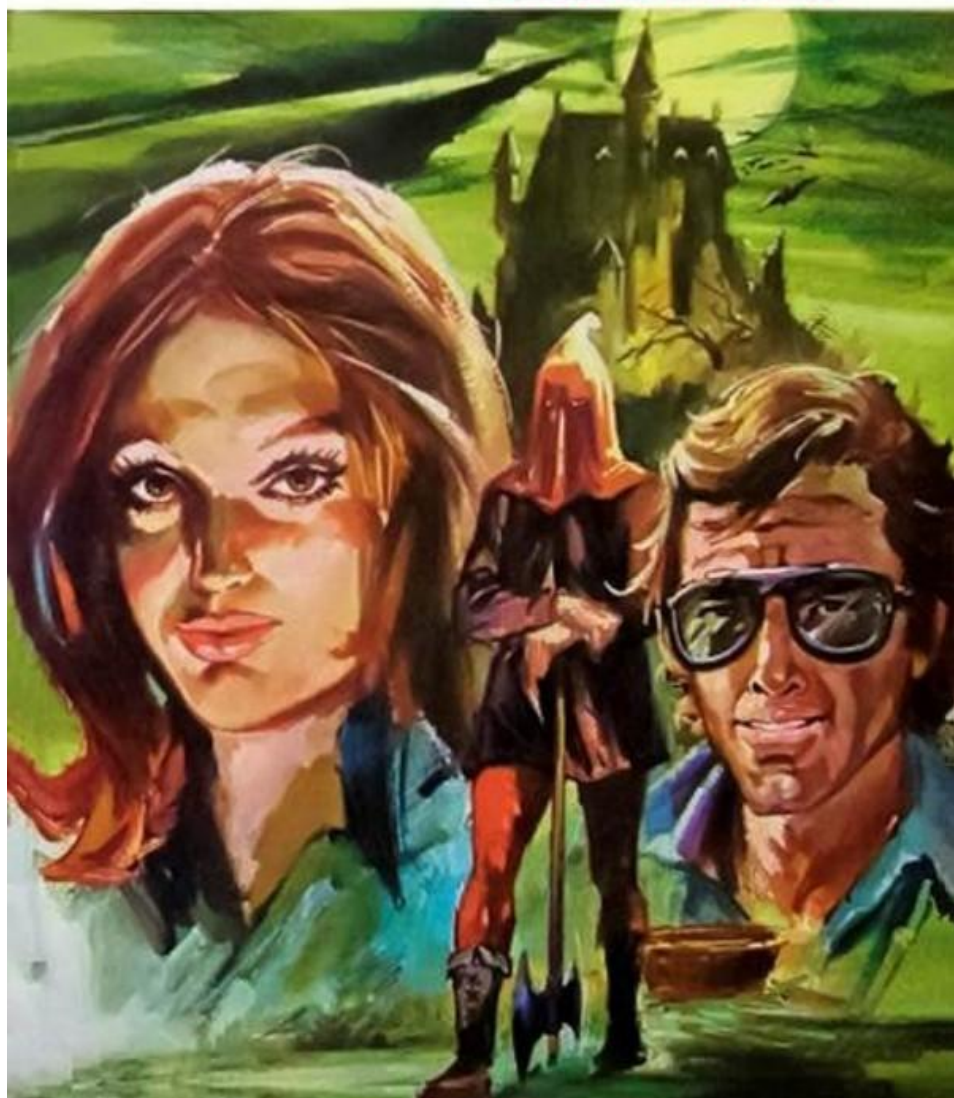




i no te burles de la maldición !

clark carrados



CLARK CARRADOS

¡NO TE BURLES DE LA MALDICIÓN!

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.188

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal: B. 12.327-1973
ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: mayo, 1973

© CLARK CARRADOS - 1973
texto

© MIGUEL GARCÍA - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora de la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

CAPÍTULO PRIMERO

DE repente, Sholto Bould sintió que le dolía la cabeza.

—Trabajo demasiado —se dijo.

Tenía puestas las gafas que usaba para leer. Se las quitó, púsose en pie y dio unos cuantos paseos por el salón de su casa.

—No está bien, no está bien que un hombre joven y soltero permanezca enclaustrado como un monje, sin asomar las narices fuera de su casa —dijo, hablando consigo mismo a media voz.

Le convenía distraerse un poco. Pero en los últimos tiempos, su vida social había sido prácticamente nula, por lo que no tenía de momento a quién recurrir para iniciar un moderado programa de diversión. Los dos o tres amigos con los cuales hubiera podido contar eran hombres casados y todos con descendencia, y a ninguna de sus esposas le agradaría recibir una llamada para que su marido saliese a una noche de jarana.

Después de tantas semanas de intenso trabajo, Sholto sentía que el cuerpo le pedía jaleo. Moderadamente, por supuesto, pero algo de jaleo.

—Tengo que abandonar este maldito libro durante unos días o acabaré loco —se dijo, mientras empezaba a cambiarse de ropa.

De pronto, recordó una antigua conocida. Seguramente se alegraría de verle y le brindaría generosamente su compañía.

Media hora más tarde, detenía su coche en las inmediaciones de The Silver Hawk, una taberna elegante, donde su amiga solía acudir a diario. Entró en el local y un atildado maestresala se brindó a acompañarle a una mesa.

En el escenario, unos payasos que se disparaban pistolas de líquidos coloreados entretenían al público. Las risas eran constantes.

Un camarero se acercó. Sholto le encargó un doble de escocés.

—Ah, y por favor, llame a la señorita Millie Doane...

El camarero le miró como si estuviese delante de un loco.

—Perdón, señor. ¿Ha dicho Millie Doane?

—Sí, la misma. Solía venir aquí...

—Ya no viene, señor.

Sholto frunció el ceño.

—Era... empleada del local —alegó.

—Sí, pero engordó. Engordó como una ballena, con el permiso del señor. Naturalmente, el dueño la despidió.

—Oh —dijo Sholto—. ¿Hace mucho tiempo?

El camarero hizo un gesto vago. Lo mismo podía significar unas semanas que unos años, pero Sholto comprendió que vivía desfasado. Solo entonces se dio cuenta de que había conocido a Millie nada menos que siete años antes.

—Cómo pasa el tiempo —suspiró, resignándose a una velada solitaria y nada distraída, en lugar de amena y divertida, como había calculado.

No lejos de él, en una mesa contigua, había una hermosa muchacha de unos veintidós o veintitrés años, vestida con un audaz traje negro, de gran escote y la espalda al aire. Tenía el pelo rubio oscuro y sus ojos eran azules.

De pronto, le miró. Sholto, sintiéndose moderadamente conquistador, le guiñó un ojo.

Ella volvió la cara al otro lado. Sholto suspiró.

—Creo que no sirvo para donjuán —se dijo.

Un hombre, alto y fornido, se acercó de pronto a la chica y le dijo algo en voz baja. Ella negó rotundamente, con repetidos movimientos de cabeza.

El individuo persistió. La muchacha contestó con un «¡No!» tajante, que Sholto escuchó con toda claridad.

La mano del sujeto se cerró de pronto sobre uno de los desnudos brazos de la joven, intentando llevársela a viva fuerza. Sholto se sintió indignado por aquella actitud y se puso en pie.

—Eh, oiga, deje a la chica en paz —ordenó.

Los dos se volvieron al mismo tiempo hacia él. La cara del individuo, maciza, granítica, expresó cólera y sorpresa a un tiempo.

—Lárguese, mequetrefe —dijo despectivamente.

—No vuelva a hablarme en ese tono o le volveré del revés, como un calcetín sucio, porque ni siquiera merece la consideración de guante —contestó Sholto.

A pesar de la situación en que se encontraba, la chica no pudo por menos de soltar la carcajada. Ello enfureció más al individuo, el cual, tras soltarla, avanzó hacia Sholto.

—Cuando termine con usted, irá a parar a una fábrica de papel, porque todo lo que quedará será pulpa —contestó el otro con no menos humorismo.

Y levantó el puño derecho, pero Sholto, que tenía en la mano el vaso casi lleno todavía, le lanzó a los ojos todo su contenido líquido.

Se oyó un rugido de rabia. Sholto dejó el vaso a un lado, alargó la mano y agarró la nariz del tipo con dos dedos, pegando unos fortísimos tirones a derecha e izquierda.

La chica se echó a reír de nuevo. Los pies de Sholto se movieron rápida y sucesivamente, golpeando sendas rodillas. El tipo de la cara de piedra se sentó en el suelo, llorando de rabia y de dolor.

El *maître* y un par de camareros acudieron a la carrera. Sholto dejó sobre la mesa un billete de cinco libras.

—Por los desperfectos —dijo olímpicamente.

El *maître* miró un instante a Sholto y luego al tipo que estaba sentado en el suelo, frotándose las rodillas con ambas manos. Estaba lleno de asombro y no comprendía cómo aquel joven de aspecto corriente había podido derrotar tan fácilmente a un tipo que le pasaba al menos veinte kilos de peso y medio palmo de estatura. Pero Sholto no le hacía ya el menor caso, porque estaba hablando con la muchacha.

—Señorita, si tiene que irse a su casa y no dispone de compañía segura, yo estoy dispuesto a llevarla con el mayor placer —aseguró.

Ella le dirigió una mirada chispeante.

—Acepto encantada —contestó.

* * *

—Me llamo Violet Kinmore —dijo la chica, una vez acomodada en el asiento contiguo al del conductor—. Y debo confesarle, señor Bould, que en el primer momento le tomé por un tipo en busca

de... de una oportunidad.

Sholto se había presentado ya. Sonrió y dijo:

—Acertó, señorita Violet. Fui al Silver Hawk en busca de esa oportunidad, pero resulta que hacía siete años que se había pasado.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—El tiempo corre muy rápido. Conocí a una chica en esa taberna, pero no me di cuenta que ella también tenía derecho a... a su oportunidad.

—Se casó.

—Sí —mintió Sholto.

—Lo siento por usted. ¿Es que durante todos esos años no ha conocido a más mujeres?

—Ninguna que mereciese la pena, hasta que la encontré a usted.

—Cuidado —sonrió la muchacha—. No empiece otra vez a ser conquistador.

—Conquistado, en todo caso —suspiró él—. Pero no le he preguntado todavía por qué Cara de Piedra la trataba con tanta desconsideración. Parecía como si quisiera llevársela de allí, ¿no es cierto?

—Señor Bould, si no le importa, preferiría no hablar más del asunto —contestó Violet un tanto envaradamente.

—Le ruego me dispense, señorita. No me gusta ser entrometido, pero me sentía curioso por lo que le sucedió. No obstante, si usted prefiere no hablar de ello, está en su derecho. Hablemos mejor de... del tiempo.

Violet le dirigió una atractiva sonrisa.

—Usted se portó muy bien —dijo—. Daine Peatle es un tipo sumamente robusto, pero le derrotó con toda facilidad. Aún no sé cómo lo consiguió.

—Bueno, por lo que yo pude apreciar, Peatle es un sujeto un tanto rutinario en lo que se refiere a conflictos personales. En casos así, lo mejor es actuar del modo que el adversario no espera nunca.

—Ya entiendo —sonrió Violet—. Otra cosa... ¿En qué trabaja usted, señor Bould?

—Soy profesor de Historia.

—Oh, un universitario.

—Muy modesto, pero así es.

Violet se volvió en su asiento.

—Nunca había tenido ocasión de conversar con un profesor de Universidad —dijo—. No pasé de la primaria, aunque, eso sí, me ha gustado siempre leer de todo.

—Leer siempre proporciona cultura —sonrió Sholto—. Y uno no se debe avergonzar jamás por no haber tenido ocasión de mejorar sus conocimientos, si la suerte no le ha sido adversa.

—Me gusta usted, profesor. Ya ve, una pobre chica de taberna como yo...

Sholto frunció el ceño.

—¿Qué significa eso, señorita Violet? —preguntó.

—Exactamente lo que quiere decir, profesor —contestó ella.

—¿No le gustaría mejorar de suerte?

—¡Qué cosas tiene usted! Pero ¿quién aceptaría dar trabajo a una mujer de mi clase? Inculta, medio analfabeta, sin saber siquiera taquigrafía ni escribir a máquina... Y ponerme una cofia y un delantal tampoco es cosa que me atraiga especialmente.

—Vendedora en algunos grandes almacenes —sugirió él.

—La semana pasada fui a pedir trabajo en una de esas empresas. Me rechazaron.

—¿Por qué? En un sitio de esos siempre hay plazas vacantes...

—No para las ladronas. Hace dos años robé un bolso allí y me condenaron a seis meses de cárcel. También soy ladrona, profesor.

—Hija, lo tiene usted todo. ¿No ha matado todavía a nadie?

—Cualquier día le rebanaré el pescuezo a alguien —dijo Violet, muy seria—. A Cara de Piedra, por ejemplo.

—¿Qué tiene usted contra él, Violet?

—Pertenece a esa nada rara especie masculina, que vive a costa de las mujeres, profesor.

—Caramba, con el tipo. Me hubiera gustado arrearle un buen, silletazo en la cabeza.

—Yo lo intenté una vez y me pegó una paliza que me tuvo una semana en cama. Es un explotador de mujeres, créame. Yo hago el número siete de las de su «cuadra».

Sholto silbó.

—¡Qué bandido! No sé cómo la policía permite ciertas cosas —exclamó, sinceramente indignado—. ¿Puedo darle un consejo,

Violet?

—Sí, profesor, con mucho gusto —aceptó ella vehementemente.

—Abandone ese... «oficio». Cualquiera, por bajo que pueda parecerle, será siempre más digno que estar en una taberna, a merced de los clientes y de tipos como Cara de Piedra. Yo la ayudaría con mucho gusto, si usted me lo permitiera,

—¿De veras? —Violet pareció emocionarse—. Oh, cuánto se lo agradecería, profesor. Pero no sé si con mis antecedentes...

De súbito, Sholto se desvió hacia la izquierda y detuvo el coche, junto a la acera.

—No llevará cofia ni delantal blancos, pero, si quiere, la emplearé como sirvienta en mi casa —propuso.

Violet pareció reflexionar.

—Acepto, pero antes tendré que ir a recoger algunas cosas a mi departamento —dijo al cabo.

—Mi sueldo no es muy elevado, Violet, pero creo que podré pagarle cuatro libras por sem...

—Profesor, se lo ruego, no hablemos ahora de mi salario. Me conformo con ser su más fiel y disciplinada servidora.

Sholto frunció el ceño. Aquel lenguaje no era propio de una chica semi analfabeta, como Violet decía serlo.

Pero la suerte estaba ya echada y, además, Violet le gustaba muchísimo. Le había hecho una proposición y ya no podía volverse atrás.

Violet era un enigma encantador que él se proponía descifrar.

CAPÍTULO II

EL coche estaba ya a punto de detenerse, cuando Violet lanzó una exclamación:

—¡Profesor, hay gente en mi casa!

Sholto frenó por completo y miró en la dirección que ella le señalaba con una mano. Escorzó la cabeza y los hombros, y así pudo ver una ventana iluminada, a siete pisos del suelo.

—¿Ahí vive usted, Violet? —preguntó.

—Sí, profesor.

—Puede ser alguna amiga...

—Ninguna de mis amigas dispone de llave de mi departamento —respondió ella tajantemente.

—Bien, en tal caso, ¿qué le parece si subo a investigar?

Violet dudó un instante. Luego abrió el bolso y sacó una llave.

—Le aguardo aquí, profesor —accedió.

Sholto se apeó del coche, cruzó la acera y entró en la casa. Momentos después, el ascensor le dejaba en el séptimo piso.

Buscó la letra E entre las puertas del corredor. Al encontrarla, insertó la llave en la cerradura y abrió.

Puesto que había gente en el piso, que podía resultar hostil, empujó la puerta con infinito cuidado. De pronto, le pareció escuchar la respiración de una persona oculta tras la puerta.

Saltó hacia adelante, agachado, la cabeza encogida entre los hombros. Alguien lanzó una maldición al fallar el golpe.

Sholto se volvió. Delante de él, lleno de perplejidad, había un sujeto de aspecto poco agradable, que empuñaba una corta porra. «De plomo y forrada de cuero», pensó.

—¿Qué hace usted en una casa ajena? —preguntó.

—¿Dónde está la chica? —el otro contestó con una pregunta.

—¿Se refiere usted a Maggie Jones?

—No, me refiero a Violet Kinmore.

—Lo siento. Se ha equivocado. Quien vive aquí es Maggie Jones.

El sujeto pareció sentirse desconcertado.

—No es cierto —exclamó de pronto—. Este es el departamento de Violet.

—Demuéstremelo —exigió Sholto—. ¿Tiene testigos de lo que afirma?

—No sea estúpido. Para saber que Violet vive aquí no se necesitan testigos.

—Eso será usted, que debe de ser medio tonto y se cree todo lo que le dicen. Yo necesito los testigos para convencerme de que Maggie Jones no vive aquí.

—Pero, ¿quién diablos es esa Maggie Jones?

—¿Quién diablos es usted?

—Ness... Oh, rayos, eso no importa en absoluto. Oiga, ¿quién es Maggie?

—¿Pretende usted que comprometa a una dama virtuosa, casada y con siete hijos?

—¿Con siete hijos y todavía tiene ganas de jarana? —se asombró el individuo.

—Precisamente por los siete hijos. No sabe usted la guerra que son capaces de dar. Ella busca en mí una especie de ruptura de su vida habitual...

—Basta, demonios, cállese ya. No le creo ni una sola palabra de lo que está diciendo.

—En tal caso, déjeme ir en busca de dos testigos.

Ness cerró la puerta de golpe.

—Sí, me traerá dos testigos con casco y uniforme azul —dijo burlonamente. Ness se dio un par de golpecitos con la porra en la mano izquierda—. Lo siento, pero tengo que dejarle aquí un ratito; solo lo justo, para que yo pueda irme con toda tranquilidad.

Y avanzó hacia Sholto con la sonrisa en los labios, seguro de su fácil victoria.

Un pie se disparó de pronto y golpeó una espinilla. Ness lanzó un aullido de dolor y empezó a dar ridículos saltitos por la estancia.

Sholto usó el pie de nuevo y ahora fue la rodilla izquierda de su adversario la que sufrió los efectos de su acción.

Ness rugía de dolor y de rabia. Implacable, Sholto agarró una silla, la hizo girar horizontalmente y le golpeó en el estómago. Luego repitió el golpe, ahora dirigido a los riñones.

Ness se derrumbó, sollozando piedad. Ya había perdido la porra, que pasó a poder del joven. Sholto la usó con cierta delicadeza; no tenía ganas de convertirse en un criminal. Un golpe demasiado fuerte podía originar una fatal fractura de cráneo.

—Así está bien —dijo, satisfecho, cuando vio que Ness había perdido el conocimiento.

Y luego pensó que no merecía la pena hacer subir a Violet. Resultaría mejor buscar una maleta y echar en ella unas cuantas prendas de ropa. Ya vendrían con más tiempo a recoger el resto del equipaje.

Buscó el dormitorio. Encendió la luz y vio que había un hombre en la cama de Violet.

—¡Qué fresca! —se escandalizó. Pero luego se sintió, sin saber por qué, muy deprimido—. Claro, ¿qué se podía esperar de una chica como ella? —murmuró, mientras se dirigía al armario ropero, encima del cual divisó un par de maletas. Actuaría sin ruido, para no despertar al durmiente, era lo mejor.

Alargó las manos hacia una de las maletas. Entonces, miró casualmente a través del espejo y vio el mango de un cuchillo que asomaba por el cuello del supuesto durmiente, bajo la oreja derecha.

* * *

La herida no había sangrado excesivamente. Sholto no tenía conocimientos médicos, aunque sí la suficiente cultura para imaginarse que el golpe fatal no había interesado ningún vaso sanguíneo de importancia. Pero la hoja del cuchillo había llegado hasta la médula, a través de las vértebras.

El muerto era un hombre joven y no mal parecido. Estaba en pijama y sus ropas se hallaban colocadas sobre la cama en buen orden.

Sholto se imaginó los motivos de la presencia de Ness en la

casa. Esperaba a Violet para atontarla de un golpe y colocarla en la cama, junto al cadáver. Así la hubiera hallado la policía, a la que él habría avisado luego.

El cuchillo en el lado derecho del cuello, más bien hacia atrás, indicaba que el muerto había sido sorprendido por la espalda. De otro modo, el golpe mortífero habría sido dirigido al lado izquierdo, puesto que hubiera tenido que ser atacado de frente.

«Suponiendo que el asesino no sea un zurdo, en cuyo caso, estos razonamientos deberían invertirse», pensó.

Registró las ropas del muerto. Por su documentación, vino a saber que se llamaba Edmund Grover y que era chófer profesional. También averiguó su dirección y algunos detalles más sin importancia. No estaba casado y había vivido poco más de treinta y cuatro años.

«Tres más que yo», suspiró Sholto, mientras empezaba a llenar la maleta.

Se imaginó la sorpresa que recibiría Violet al conocer la noticia. Posiblemente era un conocido suyo... ¿tal vez eliminado por ciertas asiduidades que habían causado el enejo de Cara de Piedra?

Era un argumento aceptable. Una especie de venganza de Cara de Piedra, motivada por los desdenes de la chica.

Terminó su tarea y se dirigió hacia la puerta. Ness continuaba todavía sin sentido.

—Te vas a ver en un buen lío cuando venga la policía —murmuró, mientras cerraba con doble vuelta de llave.

Llamaría a Scotland Yard desde la primera cabina telefónica. Bajó a la calle y se encontró con que Violet había alzado el vuelo.

Su mano izquierda se levantó para golpear la frente con fuerza.

—¡Y con mi coche, además! —se lamentó.

Estuvo a punto de tirar el maletín a un lado, pero se contuvo. Resignado, echó a andar hasta encontrar la lucecita de un taxi. Al sentarse en el asiento posterior, encendió un cigarrillo.

—Cuando encuentre a Violet le voy a dar una zurra que le impedirá sentarse durante dos semanas seguidas —gruñó, muy irritado tanto por su ingenuidad como por la falta de escrúpulos de la muchacha.

Entró en la casa y divisó sobre la mesa un paquete de forma alargada y una carta. Dejó el maletín a un lado y entonces creyó soñar.

—¿Es usted, profesor? Un momentito, por favor; ahora mismo salgo —sonó inesperadamente la voz de Violet.

La muchacha apareció vestida con un pijama que, evidentemente, le estaba muy grande. Sonreía mientras se ataba una cinta al pelo.

—Tendrá que disculparme, profesor —dijo—. Pero me pareció lo más conveniente venir a su casa. Yo sabía que usted acabaría por regresar y que sería lo suficientemente inteligente como para traerme algo de ropa. Como así ha sucedido —añadió, al divisar el maletín.

Sholto reaccionó.

—Necesito un trago —dijo.

Violet echó a correr hacia la mesita de licores.

—Yo se lo serviré, no faltaría más, profesor —exclamó con viveza.

—Gracias. Violet, necesito que me explique cómo ha entrado sin llave en mi casa.

—Pues ha resultado bien sencillo: le dije al conserje que era su nueva secretaria y el hombre, embobado, me abrió con la llave maestra. Además me dio para usted ese paquete y esa carta que llegaron, según dijo, después de que usted hubo salido.

Violet le entregó un vaso alto, sonriendo hechiceramente.

—¿He obrado mal? —consultó.

—Bien, bien mirado... Violet, ¿conoce usted a un tipo llamado Ness? No sé el apellido, pero sé que ese es su nombre.

—Ness Crillus —dijo ella sin vacilar.

—Lo conoce.

—Es amigo de Daine Peatle, profesor.

—¿A qué se dedica Crillus en sus horas libres, aparte de cometer asesinatos?

—¿Asesinatos? No sé que Crillus haya matado jamás a nadie, aunque cualquier día lo hará —respondió Violet, sorprendida.

Sholtoapuró el contenido del vaso. Luego dijo:

—Había un cadáver en su cama, Violet.

Ella le miró de una forma extraña, como si no quisiera creer en lo que acababa de escuchar.

—Usted bromea, profesor —dijo.

—¡No bromeo, diablos! —contestó él de mal talante—. Perdone —se corrigió de inmediato—; me siento muy excitado...

—Lo que necesita es otro trago. Ahora mismo se lo serviré.

—Basta, Violet; no tengo ganas de emborracharme. Contésteme con sinceridad. ¿Conoce usted a Edmund Grover?

—¿Quién es ese tipo?

—El hombre que está muerto en su cama.

—Nunca he oído hablar de él, profesor.

Violet había dejado de sonreír y estaba muy seria. A Sholto le pareció que hablaba en serio.

—Debe de ser cosa de Cara de Piedra —murmuró.

—¿Cómo, profesor?

—Es bien sencillo. Peatle se siente resentido con usted y tenía una cuenta que ajustar con Grover. Lo mató y luego puso el cadáver en su cama. Crillus la estaba aguardando, para dejarla sin sentido y que la encontrase la policía junto al muerto.

—Me hubiera visto metida en un buen lío —confesó Violet.

—Pero lo ha solucionado, largándose de allí a tiempo. Incluso podría sospecharse que conocía el crimen con antelación.

—¡Profesor, no me insulte! Tengo infinidad de defectos, pero no he cometido jamás un asesinato.

—Lo siento —se disculpó él—. Bien, no sé qué hacer; yo pensaba pasar una velada agradable con una antigua amiga y me he visto mezclado en una serie de jaleos como jamás me hubiera imaginado. Estoy un poco nervioso, lo confieso.

Violet le miró con simpatía.

—A cualquiera, en su caso, le habría sucedido algo parecido. O peor —dijo.

—Sí, es muy probable.

—Bueno —exclamó Violet—, ¿no abre usted el paquete? Me muero de curiosidad por saber lo que contiene. Claro que así deben ser todas las sirvientas, husmeando las cosas de sus señores y...

Sholto meneó la cabeza.

—Es usted incorregible —rezongó—. Tiene un cadáver en su casa y todavía tiene deseos de bromear.

Violet suspiró.

—Profesor, no me tome usted por una filósofa de baratillo, pero, ¿qué es la vida sino una broma?

—Muy pesada en todo caso, Violet. Pero dejemos esto a un lado. Primero quiero leer la carta, si no le importa.

—El señor es muy dueño de hacer lo que le acomode —contestó Violet servicialmente.

CAPÍTULO III

—**P**OR cierto —dijo la muchacha, mientras Sholto rasgaba el sobre—, tiene usted unas amistades femeninas de alto copete.

—¿Cómo? —se sorprendió Sholto.

—Me lo dijo el conserje. La carta fue entregada por un mensajero de una agencia. Pero el paquete lo entregó una hermosa dama, vestida con un abrigo de pieles que valía una fortuna. A la puerta esperaba un «Rolls» con chófer.

—No conozco a esa señora —gruñó él.

Y sacó la carta.

Momentos después, lanzaba una exclamación de sorpresa:

—¡Hombre, diría que me han adivinado el pensamiento!

—¿Buenas noticias? —inquirió Violet ávidamente.

Sholto la miró de reojo.

—Tendré que ascenderla a secretaria —dijo—. Si quiere venir conmigo a Throgmound Castle, por supuesto.

—¿Dónde está eso, profesor?

—En Escocia, pero ya le daré más detalles en otra ocasión.

—Un castillo con fantasmas, ¿eh?

—Es muy posible —sonrió él.

Violet le arrebató la carta con gran desenvoltura y leyó:

«Si el profesor Sholto Bould desea ampliar sus conocimientos históricos sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en Throgmound Castle, en los años 1644 y siguientes y que culminaron con el proceso y muerte de lord William Clarence Spencer, acusado de alquimista y brujería, podrá hacerlo sin inconveniente alguno y durante todo el

tiempo que guste, utilizando para ello los archivos del castillo, en el que se le proporcionará alojamiento decoroso, así como a un acompañante, caso de que estime necesario los servicios de un ayudante o secretario.

»Hester Spencer.

»P. D. Se ruega contestación telegráfica al propio Throgmound Castle.»

—¡Aceptamos! —exclamó Violet, entusiasmada.

Sholto la miró por encima de las gafas que había utilizado para leer la carta.

—Usted tiene aquí un serio compromiso con la policía —le recordó.

—¿Va a denunciarme? —preguntó ella, muy afligida.

Sholto gruñó algo entre dientes.

—Violet, si sigue usted mucho tiempo a mi lado, acabaré volviéndome loco —masculló.

—Procuraré moderarme, profesor —dijo ella—. Pero, por favor, explíqueme por qué ejecutaron a lord Spencer.

—Ya lo dice la carta: brujería y alquimia. La leyenda habla de una inmensa cantidad de oro que él había conseguido merced a sus experimentos... Por cierto, no hace mucho encontré un pergamino con un escrito referente que ese suceso y me pareció que en ese escrito había una clave oculta. Yo estaba ocupado entonces en otras cosas y no pude perder tiempo en descifrarlo, pero ahora sí que tendré que meterme a fondo en ese asunto.

Mientras hablaba, Sholto había desatado el paquete. Quitó la envoltura y una caja de cartón, de forma alargada, apareció ante los ojos de la pareja.

La caja medía casi ochenta centímetros de largo y era de sección cuadrada, de unos quince centímetros de lado.

Sholto levantó la tapa. Inmediatamente, pegó un salto que le llevó a tres pasos de distancia de la mesa sobre la cual se hallaba la caja.

Violet lanzó un horrible chillido. Luego se volvió y se tapó los ojos con las manos.

—No quiero ver eso, no quiero ver esa cosa tan horrible —gimió.

El brazo amputado, todavía con grandes manchas de sangre, que había en el interior de la caja, no era, ciertamente, un espectáculo agradable.

* * *

Sholto procuró rehacerse y se acercó de nuevo a la mesa. Morbosamente fascinado, contempló aquel miembro arrancado a un cuerpo humano, mediante un instrumento muy afilado, aunque, evidentemente, manejado con notoria impericia.

La amputación se había efectuado a unos centímetros por encima del codo. «Quizá en vivo», se estremeció Sholto, al ver los grandes chafarrinones rojos que manchaban no solo el brazo, sino el interior de la caja.

Los dedos de la mano estaban todavía crispados y sujetaban un papel arrugado y también manchado de rojo. Sholto tragó saliva antes de dedicarse a cogerlo, porque había visto unas letras escritas.

Algunas de las manchas estaban todavía húmedas. Sholto pensó que, en cuanto acabase de leer el contenido del papel, tendría que tomarse una dosis doble de whisky.

Sostuvo el papel con la punta de los dedos. Su asombro fue enorme al leer:

«No vaya a Throgmound Castle, profesor. No vaya o morirá.»

—Vaya una manera de avisar a la gente —rezongó.

Y, de súbito, se dio cuenta de un detalle que se le había pasado por alto momentos antes.

Rehaciéndose, venciendo su repugnancia, tocó el brazo con la yema de los dedos. Un inmenso suspiro de alivio se escapó de sus labios.

—¡Violet! —llamó.

—Di... diga... profe... sor... —tartamudeó la muchacha.

—Nos hemos llevado un susto, es cierto —dijo él—. Y a los dos nos conviene un buen trago. Pero también para celebrar que la cosa no haya pasado de un susto.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir, profesor?

—Ande, prepare las bebidas. Es un brazo de utillaje, no es... natural.

Violet se volvió y le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Un brazo de mentirijillas? —preguntó.

—Sí, de los que se usan en algunas películas de terror, hoy tan de moda. La sangre no es sino un líquido rojo, algo más espeso que la tinta ordinaria, pero eso es todo.

—Uf, no sabe qué peso se me quita de encima —Violet empezó a llenar dos copas—. Pero, ¿por qué esa broma de tan mal gusto, profesor?

—Había un mensaje en la caja, sujeto por los dedos de la mano. Se me advierte que no debo ir a Throgmound Castle o moriré.

—¡Caramba! La cosa parece ir en serio, profesor —exclamó Violet.

Sholto asintió. Luego tomó un par de sorbos, mientras contemplaba pensativamente el macabro objeto, que había servido de complemento al aviso.

De repente, salió de su estatismo y se acercó al teléfono interno del edificio.

—¡Mike! —llamó al conserje de noche.

—Diga, profesor.

—He recibido una carta y un paquete. Sé que la carta fue entregada por mensajero y que una dama trajo el paquete, pero, ¿puede usted describirme a esa señora?

—Con mucho gusto; profesor. Era muy hermosa, aunque ya no una jovencita. Yo diría que ha cumplido ya treinta y cinco años. Pelo muy rubio, ojos claros, joyas de precio y un abrigo de pieles sensacional. Además del «Rolls» con chófer, claro.

—Es extraño, Mike. ¿Por qué entregó ella el paquete y no el chófer, que parecería lo correcto en ese caso?

—Lo ignoro, señor. Sé que el chófer se apeó y le abrió la portezuela. Yo estaba en la puerta del edificio y ella se me acercó

con el paquete en las manos. Eso es todo, profesor.

—No dio su nombre, por supuesto.

—No, señor.

—Gracias, Mike.

Sholto colgó el teléfono. Luego se volvió hacia Violet.

—En un principio, había pensado en Hester Spencer, pero he rectificado. Hester es morena y no dispone de un «Rolls» ni mucho menos de chófer.

—Ah, conoce usted a la señora Spencer.

—Lady Hester Spencer —puntualizó él—. Nos conocimos tiempo atrás en una fiesta, aunque fue un encuentro superficial. Pero es muy guapa.

Ella le miró de arriba a abajo.

—Parece una mosca muerta, pero, hay que ver cómo atrae a las mujeres —dijo con socarronería—. Hermosas, naturalmente.

—Entre las cuales, me parece, se cuenta usted, Violet.

—¡Psé! Soy joven y eso vale un poco ahora. Dentro de unos años, nadie me podrá mirar a la cara. A propósito, ¿ha solucionado ya el problema de la forma en que hemos de dormir? No he visto más que un dormitorio...

—Tengo un diván muy cómodo, no se preocupe.

—Pero yo soy la sirvienta, señor —dijo ella maliciosamente.

Sholto emitió un bufido.

—Váyase al dormitorio y ciérrese con llave. O no respondo de mí —gruñó.

—¡Horror! Me pasaré toda la noche con un puñal en la mano.

—¿Para acuchillarme si intento romper la puerta?

—No, para matarme. Moriré por defender mi virtud —exclamó Violet con fingido acento dramático.

Sholto levantó los brazos al cielo.

—Loca, está loca de remate —clamó, sin saber si echarse a reír o prorrumpir en denuestos contra la invitada que se le había colado en casa tan inesperada como sorprendentemente.

* * *

Sholto no durmió demasiado aquella noche, en parte porque el

diván era menos cómodo de lo que parecía y en parte por las preocupaciones que ocuparon su cerebro casi constantemente.

La «asociación», así había que llamarla, con Violet, no duraría mucho. De otro modo, tendría que habilitar una habitación que tenía medio desocupada para dormitorio.

—Comprar muebles, decorarla... —se estremeció al pensar en el gasto que ello comportaría, mientras se preparaba una taza de té, ya que se había levantado con el alba.

A continuación, se sentó ante su mesa de trabajo y se enfrascó en la lectura del viejo pergamino que hacía referencia al supuesto tesoro escondido por lord Spencer trescientos años antes.

El tiempo se le pasó con relativa rapidez. Ni siquiera sabía la hora que era cuando oyó que llamaban a la puerta.

Tenía puesta la bata sobre el pijama, ya que no se había vestido siquiera. Ajustándose el cinturón maquinalmente, abandonó el despacho y cruzó la sala.

Un oscuro sentido de la precaución le hizo atisbar a través de la mirilla. El aspecto del sujeto que había al otro lado de la puerta le desagradó en el acto.

El tipo repitió la llamada. Sholto tuvo de repente la seguridad de que pronto se vería en la precisión de defenderse. Y con Cara de Piedra no podría emplear por segunda vez los trucos de la noche anterior.

De repente, se le ocurrió una idea. Conectó el micrófono que permitía comunicarse con el exterior y dijo:

—Un minuto, por favor, estoy terminando de vestirme. Enseguida le abriré.

CAPÍTULO IV

DAINE PEATLE aguardó pacientemente a que el dueño de la casa abriera la puerta. Cuando al fin se vio frente a Sholto, lanzó un gruñido que expresaba su irritación.

—Creí que se había muerto —dijo.

—Quizá es lo que está usted deseando —contestó Sholto, sonriendo amablemente—. ¿En qué puedo servirle, Daine? Le advierto que si busca a su «protegida»...

Peatle emitió un bufido despectivo.

—Cuando vea a esa estúpida, le romperé un par de costillas —dijo.

—Es lo que procede en un hombre tan galante y caballeroso como usted. Nadie esperaría menos, por supuesto; pero la chica no está aquí.

—No he venido a buscarla, profesor. Quiero otra cosa.

Sholto arqueó las cejas.

—Es usted muy rápido, amigo. Ya conoce mi domicilio, mi profesión y, es de suponer, también mi nombre —observó.

—Pero no le daré el nombre de mi informador. Lo que busco es otra cosa, profesor.

—¿Sí?

—Un pergamino antiguo. Usted lo tiene en casa. Démelo.

—Puedo negarme, Daine.

Peatle sacó una pistola.

—¿Sigue la negativa, profesor? —consultó sardónicamente.

—No, claro que no. Usa usted unos argumentos muy persuasivos —sonrió Sholto—. Sígame, lo tengo en mi mesa de trabajo.

Giró sobre sus talones y echó a andar. Peatle caminó tras él.

—Ahí está —indicó Sholto, señalando el pergamino—. Pero se

lo ataré con una cintita; es muy delicado y podría estropearse si lo doblase.

Terminada la operación, que Sholto realizó torpemente con la mano izquierda, entregó el pergamino al sujeto. Peatle frunció el ceño.

—¿Qué le pasa en el otro brazo? ¿Lo tiene dañado?

—Oh, no, un poco de reuma —sonrió el joven.

Peatle guardó la pistola.

—No le guardo rencor por lo de anoche, pero no vuelva a repetirlo —dijo bruscamente.

—Entonces, ¿amigos?

—Mejor será que nos olvidemos el uno del otro.

—Muy bien, pero, al menos, despedámonos cortésmente —Sholto tendió la mano derecha a su visitante—. Sin rencor, Daine.

Peatle estrechó la mano que se le tendía. De pronto, se encontró con que sus dedos sostenían un brazo amputado.

Un grito de horror brotó de sus labios. Sholto también chilló:

—¡Bruto! ¡Salvaje! ¡Me ha arrancado el brazo!

Peatle contempló el miembro que sostenía todavía en la mano y cuyo aspecto resultaba verdaderamente horroroso. De repente, sintió un violentísimo golpe en la ingle y se dobló sobre sí mismo.

Sholto recobró el pergamino. Rugiendo de ira, Peatle quiso arrojarlo sobre él, pero el profesor le golpeó en pleno rostro con la mano artificial.

El miembro era de plástico y resistió, pero sus golpes no tenían nada de suaves. Peatle empezó a sangrar por las narices.

Loco de rabia, quiso sacar la pistola. Un nuevo golpe en el antebrazo derecho le hizo perder el arma.

También había perdido la iniciativa. Sholto le sacó a puntapiés a la sala y luego de aquí al pasillo. El último golpe derribó al abatido rufián por el suelo, completamente incapaz de reaccionar.

Sholto cerró la puerta. Regresó al despacho y recogió el pergamino.

—Pero ¿quién diablos le habrá dicho a ese tipo que yo tenía este documento sobre Throgmound Castle? —se preguntó de repente.

Corrió a la puerta. Una exclamación de rabia brotó de sus

labios.

Peatle había desaparecido ya. Sholto no quiso correr el riesgo de perseguirle, por el escándalo que ello habría ocasionado indudablemente.

De pronto, se acordó de Violet.

—Esa chica tiene un sueño de plomo —gruñó—. Hemos hecho ruido suficiente para despertar a toda la vecindad y ella no se ha despertado siquiera.

Consultó la hora. Eran casi las nueve de la mañana.

—Todos madrugan menos ella —refunfuñó, a la vez que se dirigía hacia su dormitorio.

Llamó con los nudillos y con la voz. Violet permaneció silenciosa.

Volvió a llamar, ahora con más fuerza. Elevó la voz y pegó un fuerte grito.

—Hola —dijo ella.

—Vamos, Violet, ya es hora de que se levante —exclamó él, de mal humor.

—¡A quién se lo va a decir! —exclamó la muchacha, a la vez que lanzaba un profundo suspiro a espaldas de Sholto.

* * *

Sholto giró sobre sus talones y se encontró frente a Violet, que aparecía cargada con unos cuantos paquetes. Se pasó una mano por los ojos, a la vez que mascullaba unas cuantas interjecciones en voz baja.

—Vamos, hombre —le apremió ella—, no se quede ahí parado. Ayúdeme como un galante caballero. ¿O no me ve que estoy cargada como una mula?

—Pero ¿qué diablos hace usted? ¿De dónde ha sacado usted todos esos paquetes?

—Profesor, la ciencia no le deja ver a usted más allá de las narices. Su frigorífico estaba en una situación deplorable, así que salí a comprar víveres. Usted estaba enfrascado en su trabajo y no me oyó.

Sholto respiró aliviado.

—Eso ya está mejor —dijo—. Pero me llevé un susto enorme

cuando vi que no me contestaba...

Ya estaban en la cocina. Violet se quitó el chaquetón que llevaba puesto y empezó a moverse con gran actividad.

—Es hora más que sobrada de desayunar —exclamó—. Me estoy muriendo de hambre, ¿sabe?

—No coma mucho o se volverá un tonel —dijo él con sorna.

—La línea no es problema para mí, profesor. ¿Qué ha estado haciendo mientras yo iba a comprar?

—La clave del pergamino se me resiste todavía, Violet Además, he recibido una visita.

—Alguna hermosa dama que no puede vivir sin usted, seguro.

—El visitante era todo menos «hermosa dama». Se llama Daine Peatle.

Violet se volvió en el acto hacia él.

—¿Cara de Piedra? —exclamó.

—El mismo.

—Me buscaba, seguro.

—Sorprendentemente, no. Dijo algunas cosas poco favorables para usted, pero no la buscaba.

—Entonces, ¿qué demonios quería ese rufián?

—El pergamino con la clave. —Sholto se apoyó en una mesa y puso la mandíbula sobre su mano izquierda, con gesto de preocupación—. Me pregunto cómo supo que lo tenía —añadió.

—Alguien se lo dijo, indudablemente.

—Sí, pero, ¿quién?

—¿Quién puede saber que tiene usted ese pergamino?

Sholto meditó unos instantes.

—Hay un par de profesores de Historia que lo saben, pero debo descartarlos —contestó al cabo—. Sin embargo, ahora lo acabo de recordar, hace meses lo comenté delante de una mujer.

—Siéntese —indicó Violet de pronto—. El desayuno estará enseguida. Y dígame mientras tanto quién es la mujer.

—Oh, usted no la conoce...

—Bueno, pero me muero de curiosidad —sonrió la muchacha—. ¿Es guapa?

—Debo ser franco. Sí, es muy hermosa. Se llama Evelyn Lytton.

Tuvimos un pequeño romance, pero no duró mucho. Creo que yo no era el hombre de su vida, Violet.

—Profesor, ¿ha dicho usted Evelyn Lytton?

—Sí, ese es su nombre —confirmó Sholto.

Violet sonrió enigmáticamente. Sholto lo notó y sintió en el acto una viva curiosidad.

—¿Por qué se sonríe? —inquirió.

—La vida tiene estas casualidades —contestó ella—. Evelyn Lytton es la copropietaria, al cincuenta por ciento, de The Silver Hawk. El otro propietario se llama Harry McOvid.

—¡Caramba! Está usted muy bien informada de las interioridades de esa taberna —exclamó Sholto.

—Hombre, resulta lógico que una persona conozca los nombres de las personas en cuyo negocio trabaja.

Violet empezó a servir el desayuno. En medio de sus preocupaciones, Sholto no había perdido el apetito y comió todo cuanto ella le puso en el plato.

—Bien —dijo Violet al terminar el desayuno—, por lo que puedo apreciar, todavía no ha tomado una decisión con respecto a su viaje a Throgmound Castle.

—La decisión está tomada ya, pero no iré sin antes haberme entrevistado con Evelyn Lytton —aseguró Sholto.

* * *

Una mujer de mediana edad y aspecto más bien severo atendió a Sholto.

—La señora está durmiendo todavía —dijo, como respuesta a la solicitud del joven.

—Despiértela —pidió Sholto secamente—. O lo haré yo.

La mujer le miró amedrentada. Vaciló un momento, pero acabó por dar media vuelta y se metió en las habitaciones interiores del lujoso departamento que ocupaba la copropietaria de The Silver Hawk.

Pasaron algunos minutos. De pronto, se descorrieron unas cortinas.

Radiante de belleza, Evelyn apareció ante su visitante. Vestía un peinador de color violeta claro. Era un agradable contraste con la

rubia cabellera, que pendía libre sobre sus espaldas.

—Hola, Sholto —dijo con voz cálida y llena de insinuaciones—. Cualquier visita podía esperar a estas horas menos la de un profesor de Historia, graduado en Oxford.

—Tengo motivos para hablar contigo, aunque te ruego me dispenses por la hora tan temprana —contestó él.

—Muy bien, siéntate, te escucho.

La sirvienta apareció en aquel momento, ataviada para salir a la calle.

—Si la señora no desea más de mí... —dijo.

—Gracias, Susan; no tenga prisa en volver —contestó Evelyn indolentemente.

Los dos quedaron solos nuevamente.

—¿Quieres algo de beber, Sholto? —preguntó Evelyn.

—No, gracias —rechazó él la invitación—. Esta no es una visita social. Se trata de algo muy grave, Evelyn.

—Me alarmas, Sholto. ¿Te sucede algo malo?

—Ha estado a punto de sucederme. Eres propietaria, al cincuenta por ciento, de The Silver Hawk, creo.

—No es una cosa de la que deba avergonzarme —respondió ella—. El negocio es bueno y gana mucho dinero.

—Y, por lo que puedo presumir, todavía quieres ganar más.

—¿Es pecado querer ganar más dinero, Sholto?

—Si se consigue con negocios ilícitos, sí, desde luego.

—Vamos, vamos, no seas puritano —rio ella—. En este mundo, muchas veces conviene olvidarse de la virtud.

—Yo diría que tú la has olvidado por completo. Y si no, que se lo pregunten a un tal Daine Peatle.

—¿Peatle? ¿Lo conozco yo?

—Mientes muy mal, Evelyn. Trabaja en tu negocio; es uno de tus subordinados y esta mañana vino a verme con una pistola en la mano, amenazándome de muerte si no le entregaba cierto documento que me pertenece.

—¿Eso ha hecho Daine? ¡Qué descaro! —Evelyn fingió escandalizarse—. Supongo que no le has dado el documento, ¿verdad? Bueno, en cuanto lo vea, lo despediré por incompetente y por ponerme en un serio compromiso.

—Ah, entonces, admites que...

Evelyn sonreía de un modo extraño.

—Sí —confirmó—. Lo admito plenamente. Es más, te diré que dentro de un minuto, y puesto que ese mulo de dos patas que es Daine no ha cumplido las órdenes que se le dieron, vendrá alguien y acabará con el estorbo en que inesperadamente te has convertido para nosotros.

Sholto dio un bote en el asiento.

—¿Tratas de decirme que van a asesinarme, Evelyn? —exclamó.

—Exactamente —respondió la mujer sin pestañear.

CAPÍTULO V

HUBO un momentáneo intervalo de silencio. Luego, Sholto dijo:

—He observado algo que me ha llamado mucho la atención. Has dicho «nosotros», lo que significa que no estás sola en este asunto.

—Una brillante deducción —sonrió ella.

—¿Quieres decirme quiénes son los otros?

—Ya es tarde —contestó Evelyn—. Tienes a un hombre detrás de ti, con una pistola en la mano. El cañón del arma apunta justamente a tu nuca. Ah, no temas, el disparo no hará ruido; la pistola dispone de silenciador.

Sholto sintió que la frente se le llenaba de sudor.

Evelyn no mentía. Detrás de él notaba la respiración de un hombre.

De pronto, Sholto vio un brillo especial en los ojos de Evelyn, que se hallaba sentada justamente frente a él.

—¡Dispara, Hymie! —gritó ella.

En el mismo instante, Sholto, desesperadamente, se tiró a un lado. El fogonazo le chamuscó la oreja, pero, aparte de ello, no sufrió el menor daño.

Evelyn lanzó un gemido ahogado y se llevó ambas manos al estómago.

—Hymie, maldito, me has matado —dijo.

Y rodó por el suelo, al pie del sillón, mientras el pistolero, desconcertado, se quedaba unos momentos incapaz de reaccionar.

Sholto comprendió que no tenía tiempo que perder, si quería salvar su vida. Entre el diván y el sillón hasta entonces ocupado por Evelyn había una mesita alargada, con algunos cachivaches de

adorno. Agarró la mesita y, ferozmente, golpeó la cara del asesino, justo en el momento en que salía el segundo disparo.

La bala se clavó en el techo. Hymie se desplomó fulminado, con el rostro cubierto de sangre.

Sholto lanzó la mesita a un lado. Ahora comprendía por qué Evelyn había tardado tanto en salir de su dormitorio. Simplemente, había estado ganando el tiempo suficiente para que llegase Hymie.

En cuanto a Susan, la sirvienta, había salido de casa, con algún encargo sin importancia, para que no fuese testigo del crimen. Pero los cálculos de Evelyn habían sido alterados por un factor con el cual no contaba: el azar, que la había llevado a situarse en una mala posición.

Evelyn gemía sordamente. Sholto se arrodilló a su lado.

—¿Quiénes son los otros? —preguntó.

Ella le dirigió una mirada suplicante. Sholto le apartó las manos y rasgó el peinador.

La herida no estaba en el estómago, como había pensado momentos antes, sino un poco más arriba y ligeramente hacia la izquierda. Era un agujerito redondo por el que brotaba la sangre con intervalos regulares, pero cada vez más espaciados. De pronto, observó que el pecho de Evelyn dejaba de moverse. Ya solo hubo un ligero estremecimiento en aquel cuerpo tan hermoso.

Sholto se levantó lentamente. Volvió la cabeza un instante y contempló al sujeto que yacía aún inconsciente a un par de pasos de distancia.

Un tipo peligroso, se dijo, un hombre que mataba por dinero. Scotland Yard se encargaría de separarle de las personas decentes durante un buen puñado de años.

Pero no quería ser sorprendido en aquella casa, dado que ello podría acarrearle conflictos que deseaba evitar a toda costa. Una cabina telefónica, situada lo más lejos posible del lugar del suceso, resultaría lo más cómodo y discreto.

* * *

—Ya sé dónde está Throgmound Castle —exclamó Violet, apenas le vio entrar en casa.

—Una noticia muy interesante —comentó él con voz no

demasiado brillante.

—Sí, he estado examinando el atlas que tiene usted en su biblioteca y... Pero ¿qué le pasa? Está pálido, desencajado... ¿Ha visto fantasmas, profesor?

—Mucho peor todavía —respondió Sholto, mientras destapaba una botella—. Me he librado de morir por fracciones de segundo y he visto a una hermosa mujer agonizar delante de mis propios ojos.

Violet abrió mucho los ojos.

—¿Habla en serio, profesor? —preguntó.

Sholto tomó un largo trago.

—Evelyn me tendió una trampa, entreteniéndome hasta que llegó alguien a quien ella había avisado, mientras simulaba arreglarse —explicó—. Yo no me di cuenta de que el tipo estaba ya en la casa, hasta que ella me lo dijo. Incluso me anunció que su pistola me apuntaba a la nuca.

—¡Qué horror! —se estremeció la muchacha.

De pronto, alargó la mano y le quitó el vaso, vaciándolo de un trago del licor que aún quedaba. Luego puso una nueva dosis de whisky.

—Dispense, profesor —se excusó—, pero no he podido remediarlo. ¿Y pudo escapar vivo teniendo una pistola apuntada a la cabeza?

—Evelyn ordenó al tipo que hiciese fuego. Entonces, yo me hice a un lado. Evelyn estaba sentada frente a mí y recibió la bala en el corazón. No duró viva ni dos minutos.

—¿Y el asesino?

—Le estampé una mesita de centro en la cara y lo dejé sin conocimiento. Luego pregunté a Evelyn quiénes eran los otros, puesto que ella lo había mencionado así en nuestra conversación. Pero ya no tuvo tiempo de decir nada.

—De modo que hay otros, ¿eh?

—Eso conseguí deducir, Violet. De todas formas, me importa ya muy poco. Pienso salir hoy mismo hacia Throgmound Castle. En el camino he contestado ya a la invitación de mi amiga Hester Spencer, la descendiente del noble quemado vivo por brujo y alquimista.

—¡Oh! —dijo la muchacha, muy seria—. De modo que me deja,

profesor.

—¿Acaso querría venir usted a Throgmound Castle?

—Hombre, la invitación se hace también extensible a otra persona —alegó Violet.

—Pero usted no sabe taquigrafía ni mecanografía...

—Lady Hester no tiene necesidad de saberlo, profesor. Pero, por otra parte, sí sé leer y escribir. Y meter las narices en donde sea.

—¿Le gusta ser chismosa?

—En casos como este, ¿a quién no?

Sholto se dio por vencido.

—Pero le hará falta equipaje —objetó—. Y no puede volver a su casa. Ya sabe los motivos.

—Usted ya me trajo algo de ropa. Y ya compraré unas cuantas prendas más por el camino.

—Tiene usted respuesta para todo —sonrió él—. En fin, voy a preparar mi maleta...

—No es necesario, profesor; la suya y la mía están listas.

Sholto cambió una mirada con la muchacha.

—Violet, es usted una joya —alabó.

Ella hizo una ligera genuflexión.

—Gracias, señor; siempre al servicio del señor —contestó, con el mismo acento impersonal que lo habría hecho una sirvienta de alto rango.

* * *

Las luces del pueblo se vislumbraban en la lejanía, después de casi ocho horas de viaje poco menos que ininterrumpido.

—Bueno, ahí está Throgsath —exclamó Sholto, lleno de alivio al pensar en el descanso que le esperaba después de tantas horas agarrado al volante de su coche.

—¿No piensa ir al castillo esta noche? —preguntó Violet.

—Me parecería un tanto indiscreto. Son ya las diez de la noche y prefiero ir mañana por la mañana. En alguna parte encontraremos alojamiento para esta noche.

—Como quiera, profesor.

Minutos más tarde, se detenían ante la muestra de una posada:

The Flying Horse. El caballo con alas que pendía de la barra situada sobre la entrada era la enseña del establecimiento.

Lloviznaba ligeramente. La calle principal de Throgsath estaba absolutamente desierta. Sin embargo, se veían luces en la posada.

Entraron. Al abrir la puerta, una campanilla resonó sobre sus cabezas. La taberna de la posada se hallaba también deprimidamente vacía.

Una mujer de unos treinta y cinco años, rolliza y sonriente apareció por detrás de una cortina que ocultaba una puerta de comunicación con el interior de la taberna.

—Buenas noches, señora —saludó Sholto—. Soy el profesor Bould. Mi secretaria, la señorita Kinmore. Estimaríamos mucho que nos diese hospedaje por esta noche.

—No hay inconveniente, profesor —respondió la mujer—. Me llamo Kitty McCrutten. Ahora mismo les presentaré el libro para que firmen la inscripción reglamentaria.

—Mil gracias, señora McCrutten.

La mujer, de pechos exuberantes y vastas caderas, caminó hacia un mostradorcito y tomó un libro, que presentó abierto a los recién llegados.

—Lamento no tener nada preparado para cenar, profesor —se disculpó—. Es ya tan tarde...

—No se preocupe, señora —sonrió Sholto—. Ya lo hicimos en ruta. Nos conformaremos con desayunar; seguiremos viaje por la mañana.

—Sí, profesor. Ahora, lógicamente, es un poco tarde para llegar a Throgmound Castle.

Sholto respingó.

—¡Señora! ¿Quién le ha dicho que nos dirigimos a ese lugar? —exclamó.

—Oh, el señor Hunt. Es el secretario del director McCushoo —contestó Kitty.

Sholto y la muchacha estaban llenos de asombro.

—Y, ¿quién es ese tal McCushoo, si se puede saber? —inquirió Violet.

—El director de la película que están realizando en Throgmound Castle, por supuesto. Creo que va a ser una

superproducción de terror sumamente interesante, pero, sobre eso, no puedo darle más detalles. El señor Hunt me dijo que el rodaje se efectúa en el más riguroso secreto.

—Ah, ya, una película de terror, ¿eh?

—En efecto, profesor. La «estrella» es muy hermosa. Se llama Ormyne Uthdrun y...

—Señora McCrutton, ¿qué dice a todo esto lady Hester? —preguntó Sholto de sopetón.

Kitty se encogió de hombros.

—Supongo que todo lo que se hace en el castillo es con su consentimiento —respondió—. Y bien le vendrá la filmación de esa película, porque, a decir verdad, ya estaba empezando a pensar en vender la propiedad.

—Unas noticias muy interesantes —comentó Sholto—. De modo, que el ayudante del director le anunció a usted mi llegada.

—Así es, profesor. Y ahora mismo le llamaré por teléfono...

—¡No!

Kitty respingó.

—Profesor, me lo encomendó muy especialmente —se defendió.

Sholto trató de dulcificar su gesto.

—El señor Hunt y yo somos íntimos amigos —dijo—. Prefiero darle una sorpresa por la mañana.

—Sí, profesor. Por favor, síganme y les enseñaré las habitaciones —contestó la rolliza posadera.

CAPÍTULO VI

EL edificio se hallaba en completo silencio. Solo se oía el tenue rumor de la lluvia al batir las hojas de unos castaños que había en el patio posterior de la posada.

Pisando de puntillas, Sholto cruzó el corredor y se acercó a la puerta frontera. Llamó con los nudillos y esperó unos instantes.

Violet abrió con grandes precauciones.

—Ah, es usted —dijo, con un suspiro de alivio.

—¿Pensaba en un fantasma? —sonrió él.

—La posada y el ambiente son demasiado tétricos como para no pensar en cosas semejantes. Ande, entre y no se quede ahí afuera; la noche es ideal para pescar una pulmonía.

Sholto cruzó el umbral y se acercó a la chimenea, en la que ardía un buen fuego. Violet estaba cubierta con una bata y se apoyó en la repisa para contemplarle con expresión inquisitiva.

—Le veo muy pensativo —observó—. ¿Qué le sucede?

—Ya ha oído a la posadera... —contestó Sholto.

—Sí, pero usted conoce a Hunt...

—No le he visto en mi vida, Violet.

—¿Cómo? —se asombró ella.

—Lo dije para evitar que avisara al castillo —explicó Sholto—. Pero, aun así, no estoy muy seguro de que lo haga.

—De modo que no conoce a ese tal Hunt...

—No tengo la menor idea de quién pueda ser. Pero no me gusta que esté enterado de mi llegada.

—Puede saberlo por lady Hester, profesor.

—Tal vez, pero, ¿sabía que tenía que detenerme en la posada? Además, aunque Hester se lo hubiera dicho, ¿qué interés podía tener en mí?

—Eso sí es cierto —reconoció Violet—. ¿Qué piensa hacer?

—No estoy muy seguro, salvo de una cosa: en cuanto pueda, hablaré a solas con lady Hester y le contaré todo lo que pasa.

—Oiga, esos dos asesinatos de Londres...

—Cara de Piedra fue a buscar el pergamino que, presumiblemente, contiene la clave del lugar donde se halla el oro de lord Spencer. Si tenemos en cuenta que ese tipo trabajaba para Evelyn Lytton, podemos suponer, razonablemente, que esos sucesos tienen relación con mi viaje a Throgmound Castle.

—Es cierto. Sí, le conviene hablar con lady Hester. Pero ¿qué hará después, profesor?

—Dos cerebros piensan mejor que uno solo. Por eso he venido a verla a usted, Violet.

Ella se mordió los labios.

—Hable primero con lady Hester —aconsejó—. Después, tomaremos una resolución.

—Es lo mejor, en efecto —convino Sholto—. Nos veremos mañana —se despidió.

—Duerma tranquilo, profesor. A mí también me hará falta.

Sholto abrió la puerta y regresó a su habitación. Al entrar, buscó el interruptor de la luz, que había apagado antes. De repente, le pareció ver una chispita de luz en el tabique de su izquierda, pero fue una visión fugaz, ya que, al encender la lámpara del techo mediante el interruptor, aquella chispa desapareció en el acto.

Apagó. El resplandor ya no apareció.

* * *

Sin embargo, Sholto no se dio por vencido. Tenía la plena seguridad de que aquella chispa de luz se debía a un agujero abierto en el tabique que daba a la estancia contigua.

Simulando no haberse dado cuenta del detalle, trasteó un poco por el dormitorio, como si no tuviese prisa en meterse en la cama. Pero sentía sobre sí la mirada de alguien que vigilaba todos sus pasos.

Al cabo de unos minutos, se metió en la cama. Sobre la mesilla de noche había una vela, para un caso de emergencia. Apagó la luz y arrancó la vela de la palmatoria.

En silencio, incluso descalzo, se levantó y se acercó al lugar donde había localizado el orificio. De pronto, percibió un olor dulzón, nada agradable, pese a todo.

¿Gas tóxico? ¿Narcótico?

Como fuera, la vela encajaba justamente en el orificio. El aflujo de gas cesó instantáneamente.

Aplicó el oído al tabique. Le pareció oír voces al otro lado.

Siempre sin hacer el menor ruido, se acercó a la puerta. Junto a la entrada, había una banqueta de sólida madera, acolchada en terciopelo rojo.

Abrió cautelosamente. Alguien dijo:

—El tipo se dio cuenta del agujero. Tendremos que dormirle de otro modo.

—Te lo dije antes: un buen coscorrón y...

Sholto se colocó junto a la puerta. Segundos después, alguien tanteó la cerradura.

—Preparado, tú —sonó una voz.

—Adelante, muchacho —dijo el otro.

La puerta se abrió de golpe y dos hombres irrumpieron violentamente en la estancia. La banqueta se movió con indescriptible violencia, golpeando el estómago de uno de los intrusos.

El hombre cayó de rodillas, despreocupado en absoluto de cuanto sucedía a su alrededor. Su compañero saltó hacia atrás y metió la mano en el interior de la chaqueta, como para sacar una pistola.

Sholto no había soltado aún la banqueta y la lanzó hacia adelante, horizontal, con todas sus fuerzas. Uno de los bordes del mueble golpeó la boca del sujeto, lanzándolo contra la pared opuesta, casi sin conocimiento.

El joven saltó hacia él, agarrándole por la chaqueta con una mano. Disparó el puño derecho y el individuo perdió por completo el sentido.

Su compañero gemía sordamente. Sholto le golpeó de canto en la nuca, dejándolo igualmente fuera de combate.

Dos pistolas pasaron a su poder. Sholto meditó unos instantes y, al cabo, adoptó la decisión que le pareció más conveniente.

Abrió la ventana. El suelo del patio estaba a cuatro o cinco metros de altura, ya que la habitación se hallaba en el primer piso.

Dos cuerpos humanos cruzaron sucesivamente la ventana. Sholto volvió a cerrar y, acto seguido, se dirigió a la habitación contigua.

Encontró una barrena de unos tres centímetros de diámetro y un tubo que medía medio metro de largo por diez centímetros de grueso, con una válvula en la parte superior. No había inscripción alguna, pero supuso acertadamente que era una botella que contenía el gas que los dos desconocidos habían tratado de insuflar en su habitación a fin de narcotizarlo.

Sholto pensó que la botella podía resultarle útil, y la llevó a su dormitorio. Luego se dijo que unos minutos de conversación con la posadera no sería tiempo perdido en vano.

Violet había oído algo de ruido y dudó largo rato antes de decidirse a salir a investigar. Se asomó cautamente al pasillo y vio a Sholto que llamaba a una de las puertas situadas en el extremo más próximo a la escalera.

La puerta se abrió. Una voz femenina dijo:

—Oh, querido, creí que ya no vendrías.

Dos blancos brazos emergieron de una bata de aparatosos encajes negros y tiraron del cuello del joven, arrastrándolo de golpe al interior de la estancia. Los ojos de Violet se desorbitaron al contemplar la escena.

—¡Qué desvergüenza! —se escandalizó.

Y cerró de un portazo, con el que quería expresar su protesta por lo que acababa de presenciar.

* * *

—¿Le gustan las ballenas, profesor?

Sholto estaba sirviendo el té del desayuno y miró asombrado a la muchacha.

—No sé a qué se refiere, Violet —contestó.

—No se haga el desentendido, tipo cínico. He podido averiguar que la señora McCrutton es viuda y se pirra por los hombres. Vamos, que se pierde por un par de pantalones, para que lo entienda mejor.

Sholto soltó una carcajada.

—Y, además, se ríe, el muy sinvergüenza —se indignó Violet.

—Claro que me río —admitió él—. Es más, tendría que haber visto la cara de la posadera cuando se dio cuenta de su equivocación.

—Vamos, hombre, no trate de engañarme...

—Me crea o no, eso es lo que pasó. Kitty esperaba a... bueno, a un amigo suyo, y salió tan impulsivamente al oír mi llamada, que se colgó de mi cuello sin pensárselo dos veces y tiró de mi cuello, metiéndome en su dormitorio, antes de que se diera cuenta de su error. La luz no era muy buena, por otra parte, y eso explica en parte su equivocación.

—¿Habla en serio, profesor?

—¿Por qué iba a engañarla, Violet?

—Pero, bueno, ¿qué es lo que iba a hacer usted en el dormitorio de la señora McCruten pasadas las doce de la noche?

Sholto le explicó lo ocurrido.

—¡Cielos! —dijo ella más tarde—. ¿Por qué querían narcotizarle?

—El Throgwills Creek pasa no lejos de la acera. Dada la estación, sus aguas bajan muy crecidas, con una corriente muy impetuosa. ¿Qué le pasaría a un hombre narcotizado que fuese arrojado a ese río?

—¿Cómo sabe usted que lo querían tirar al río?

—Mujer, es lo más lógico, para hacer desaparecer a un hombre, sin inspirar sospechas.

—¿Se lo dijo Kitty?

—Ella no sabía nada. Por lo visto, los dos tipos entraron sin ser advertidos.

—Pero se situaron en la habitación contigua a la suya.

—Abajo, en la planta, no había nadie. Mi nombre figura junto al número de la habitación que me ha sido asignada.

—Oh, ya comprendo —dijo Violet—. ¿Cree que es cosa de Hunt?

—Y tal vez, también, de McOvid. Ya no digo de Evelyn, porque está muerta.

Violet calló unos momentos. Sholto hizo un gesto.

—Se le enfriá el desayuno —advirtió.

—Sí, gracias. Profesor, tengo ya unas ganas locas de conocer Throgmound Castle —dijo ella.

—Nos iremos apenas hayamos terminado —decretó Sholto.

* * *

Throgmound Castle era una construcción maciza, cuadrada, con dos torres que flanqueaban la entrada principal y una en cada esquina. Resultaba un edificio pesado, carente de gracia.

—Solo tiene su valor histórico, ya que fue construido en el siglo XIV —dijo Sholto—. El que ordenó su construcción quería una fortaleza, no un palacio de recreo.

—Veo puente levadizo —observó ella.

—Sí, pero el rastrillo está bajado.

—Como en los tiempos medievales.

En el exterior del castillo, junto a una explanada situada junto al foso, había dos grandes camiones, en cuyos costados figuraba la inscripción de la productora cinematográfica. En aquellos momentos no se veía a ninguna persona fuera del castillo.

Las nubes corrían con cierta rapidez en el cielo, densas, plomizas. Ya no llovía, pero el ambiente era terriblemente húmedo.

Sholto detuvo el coche junto a los camiones y se apeó.

—Supongo que habrá alguna forma de llamar la atención de los habitantes del castillo —dijo.

Avanzaron hacia el rastrillo. A través del túnel de la entrada se divisaba el patio de armas, en cuyo centro se hallaba un gran cadalso, cubierto de negros paños.

El tajo estaba en la plataforma del patíbulo. Parado junto al mismo, se veía a un gigantesco individuo, vestido con un traje rojo y cubierto con un capuchón picudo, del mismo color, con dos orificios para los ojos. Sus enormes manos estaban apoyadas en el recio mango de un hacha de tamaño descomunal.

—¡Cielos! —se espantó Violet—. Eso parece una ejecución de los tiempos antiguos.

—Sí, pero no es más que cine —sonrió Sholto.

En el mismo momento, sonó una voz invisible:

—¡Preparados! ¡Sonido! ¡Cámara! ¡Acción!

CAPÍTULO VII

UNOS también invisibles tambores redoblaron sonoramente. Parados al pie del rastrillo, Sholto y Violet vieron salir a cuatro soldados armados, con casco, coraza y cota de malla. Dos de ellos acompañaban al reo, que parecía no poder sostenerse sobre los pies.

Violet se sentía morbosamente fascinada por la escena. Sintió un fuerte escalofrío y Sholto lo notó, tan cerca estaba de él.

—Le digo que no debe tener miedo, muchacha. Solo es una ficción —insistió.

—Sí, pero... todo parece tan real...

Los soldados hicieron subir al condenado a viva fuerza. Dos de ellos hicieron de ayudantes del verdugo y lo obligaron a arrodillarse, de modo que quedara abrazado al tajo. Para mayor seguridad, le encadenaron las manos a aquel grueso cilindro de madera, que tenía una muesca en su parte superior, a fin de que encajase el cuello del supuesto reo.

El verdugo levantó lentamente el hacha. Permaneció un instante inmóvil. Luego, descargó su golpe.

En el último instante, el reo lanzó un grito agudísimo:

—¡No quiero morir! ¡No quiero mo...!

El golpe del hacha justiciera hizo estremecer el tablado y cortó en seco aquella desesperada súplica. Una cabeza saltó por el aire y botó macabramente por la negra plataforma, mientras del cuello decapitado brotaban torrentes de sangre.

—¡Caramba, qué bien lo hacen! —exclamó Sholto.

El verdugo, fiel a su papel, se inclinó y recogió la cabeza, que aún chorreaba sangre, asiéndola por los cabellos. Luego la paseó a derecha e izquierda, como si mostrase el siniestro trofeo a una inexistente multitud.

De repente, Sholto sintió que las piernas le temblaban.

Aquella cara...

Todavía mostraba en la boca las señales del golpe que él le había propinado con la banqueta. Sholto se notó acometido por una violenta náusea.

—¡Corten! —gritó el director.

Pero él no oyó siquiera aquella voz. Un ruido sordo acababa de sonar a su lado.

Volvió la cabeza. Violet yacía desmayada en el suelo. La escena había resultado demasiado fuerte para ella y había perdido el conocimiento.

* * *

En el patio de la fortaleza se organizó de repente un jaleo mayúsculo.

El verdugo se arrancó el capuchón y empezó a protestar.

—¡Es una trampa! —aulló—. Me han traído a una persona de carne y hueso y no a un maniquí, como me prometieron.

Los extras que hacían de soldados corrieron alocadamente de un lado para otro. Se oían voces estridentes. Sholto se inclinó hacia la muchacha y la sacudió con fuerza.

—Despierte, Violet, despierte...

Ella abrió los ojos torpemente.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz insegura.

—Pero ¿quién ha sido el bruto que puso a este desdichado en lugar del maniquí que teníamos preparado? —gritó alguien en el patio.

Violet se sentó en el suelo.

—Han decapitado a un hombre por error —exclamó, horrorizada.

—Eso parece —confirmó él sombríamente—. Vamos, trate de rehacerse; alguien nos explicará pronto lo que ha pasado.

Ayudada por Sholto, Violet se puso en pie. Estaba blanca como la nieve y hubo de apoyarse en el brazo que Sholto le tendía para no caer de nuevo.

El joven lanzó un fuerte grito:

—¡Eh! ¿Nadie viene a abrir?

Un hombre de cierta edad y cabellos entrecanos, con grandes patillas grises, avanzó a través del túnel.

—Un momento, señor —rogó con voz trémula—. Ha ocurrido un terrible accidente...

Sholto se guardó muy bien de expresar su opinión. Para él, lo que acababa de suceder era un crimen.

—Soy el profesor Bould —se presentó—. Mi secretaria, miss Violet Kinmore.

—Es un placer conocerles, profesor, señorita. Yo soy Jeenys, el mayordomo de lady Hester... pero mis fuerzas no son suficientes para mover el molinete que acciona el rastrillo.

Dos extras cinematográficos corrieron hacia el túnel y empezaron a dar vueltas al molinete. La pesada reja de hierro empezó a moverse hacia arriba, con sonoros «cric-cric» de las cadenas de que pendía.

El paso quedó libre al fin. Sholto observó que alguien había cubierto con una manta los sangrientos despojos del ejecutado por error.

—Sígame, por favor —rogó Jeenys—. Ahora misma les llevaré a presencia de lady Hester.

Los recién llegados siguieron a Jeenys. En el patio seguía la confusión. Estremecida de horror, Violet pudo ver un reguero de roja sangre que caía por uno de los lados del tétrico catafalco, donde, momentos antes, se había hecho realidad lo que solo se había pretendido fuera una ficción.

A la izquierda, en un ángulo, se hallaba una gran puerta, con arco de medio punto y batientes de recias tablas, claveteadas en hierro, a la que se accedía por una escalera semicircular de varios peldaños. En cualquier otra ocasión, Violet y Sholto hubiesen dedicado su atención a admirar la belleza del castillo en su interior mucho más atractivo que el exterior, pero en aquello; momentos no podían hacer otra cosa que recordar el horrible espectáculo presenciado minutos antes.

El mayordomo anunció:

—El profesor Bould y la señorita Kinmore, *milady*

Hester Spencer se hallaba sentada en un sillón de alto respaldo, junto a una chimenea de gran campana, en la que ardían varios

gruesos troncos. Sholto observó que ella tenía el codo derecho apoyado sobre el brazo del sillón y la mejilla sobre la mano correspondiente, en actitud meditabunda,

Jeenys se retiró, dejándolos solos. Hester no parecía haberse percatado todavía de la presencia de los forasteros.

Sholto carraspeó:

—Lady Hester...

Ella, al fin, volvió la cabeza y les dirigió una mirada turbia, opaca, llena de inseguridad.

—Hola —dijo tenuemente.

Violet observó a la dueña de Throgmound Castle. Era una mujer de unos treinta y cinco a cuarenta años, muy bella todavía, de tez transparente y ojos grises. Llevaba el pelo muy bien peinado y su indumentaria, aunque sencilla, era elegante. A Sholto, sin embargo, le extrañó la actitud de Hester y avanzó hacia ella.

—¿Se encuentra mal? ¿Le sucede algo? —preguntó.

Hester sacudió la cabeza.

—No... no he dormido bien la pasada noche... Pero, ¿quiénes son ustedes? He oído la voz de Jeenys, aunque no recuerdo lo que ha dicho...

—Soy el profesor Bould, señora. Ella es mi secretaria, Violet Kinmore —dijo Sholto—. Usted me invitó a examinar el archivo del castillo, a fin de buscar datos referentes al proceso y ejecución de lord William Spencer, su antepasado.

—Ah, sí, ya recuerdo —dijo Hester—. Dispense, profesor; llevo una temporada que no me encuentro bien la salud. Me gustaría hacerles los honores de mi casa por mí misma, pero temo que habré de delegar en Jeenys.

—No tiene que preocuparse por formalidades, *milady* —intervino Violet—. Ya nos arreglaremos como podamos. ¿No es cierto, profesor?

—Sí, claro —contestó Sholto.

—Jeenys les enseñará sus habitaciones y el archivo del castillo —indicó Hester.

Sholto comprendió que la breve entrevista había terminado. Le hubiera gustado hablar más a fondo con Hester, pero ella no parecía sentir deseos de continuar la conversación.

—Agradecemos muy sinceramente la hospitalidad que nos brinda, *milady* —se despidió.

Hester contestó con una leve inclinación de cabeza Sholto y Violet abandonaron la estancia.

—Profesor, ¿qué diablos le pasa a esa mujer? —exclamó la chica.

—Está enferma...

—¿Enferma? No sé, pero a mí me parece una enfermedad muy rara, diciéndolo con toda franqueza. ¿Conoció usted a lady Hester antes de ahora?

—Sí, por supuesto, en un par de reuniones sociales, en los dichosos tiempos en que yo acudía a esa clase de fiestas. Por supuesto, fue un conocimiento muy superficial; usted ya se puede imaginar lo que pasa...

—Conozco lo que es una reunión social —dijo Violet secamente—. Pero dígame qué impresión le dio entonces lady Hester.

—Bien, yo vi a una hermosa dama, jovial, encantadora, muy atractiva... Ya había cumplido de sobra los treinta años, pero desbancaba fácilmente a todas las demás mujeres, incluyendo a muchas jovencitas.

—¿Y su esposo?

—Tengo entendido que es viuda desde hace siete u ocho años. No fue un matrimonio feliz y se ha negado a reincidir.

—Muy bien. Usted conoció a una mujer alegre y jovial, además de muy atractiva. ¿Qué es lo que ha visto ahora?

—Pues...

—Dígalo sin rodeos, hombre. Lo que ha visto es una piltrafa humana —calificó Violet crudamente.

Sholto la miró asombrado.

—Puede estar gravemente enferma —sugirió.

—Eso lo sabremos más tarde, cuando hablemos con Jeenys, pero a solas, claro —decidió la chica—. Mi opinión, de momento, es que la enfermedad de lady Hester es fácilmente curable.

Sholto fue a decir algo, pero ella le hizo un rápido gesto.

—Alguien sube —siseó Violet precipitadamente.

Todavía estaban en el primer piso del castillo, a pocos pasos de la puerta que daba a las habitaciones privadas de su dueña. Dos hombres subían por la escalera de medio caracol y balaustrada de piedra que permitía el acceso desde el gran vestíbulo.

Ambos eran muy dispares físicamente, aunque contaban la misma edad o muy parecida. Uno de ellos era alto, delgado y chupado de cara; el otro era más bajo, gordo, mofletudo y tenía el cráneo completamente mondo.

Los dos individuos se detuvieron de pronto al ver a la pareja, Sholto que decidió que en modo alguno le convenía mostrar indecisión y avanzó a su encuentro.

—Hola, ¿cómo están ustedes? —saludó—. Me llamo Sholto Bould y soy profesor de Historia. Ella es Violet Kinmore, mi secretaria.

El gordo carraspeó.

—Encantado, profesor —dijo—. Soy Tino McCushoo. Mi ayudante, Barry Hunt.

El delgado hizo una inclinación de cabeza.

—¿Cómo están ustedes? —murmuró.

—Así que usted es el director de la película que se está rodando en el castillo —dijo Violet.

—Para mi desdicha, tengo ese dudoso honor —se lamentó McCushoo—. Acaba de ocurrir un terrible accidente...

—Lo vimos desde el rastrillo —manifestó Sholto—. Pero ¿cómo ha podido pasar una cosa así?

—No lo sé, no lo entiendo en absoluto —contestó McCushoo—. Teníamos preparado un maniquí absolutamente real, articulado interiormente y con un depósito de líquido rojo que simularía la sangre derramada tras la decapitación. Pero lo que se puso en el tajo fue una persona de carne y hueso.

—¿Y no protestó el desdichado? —preguntó Violet, muy intrigada.

—El maniquí tenía un pequeño magnetófono en su interior, en el que había una cinta grabada con algunos gritos adecuados a la ocasión. Todo era perfecto y hubiera debido parecer una ejecución auténtica, pero fue una ejecución auténtica.

—No sería la de lord William Clarence Spencer —observó la

muchacha.

—Murió en la hoguera —puntualizó Sholto.

—Estamos abrumados —confesó el director de cine—. Ya hemos avisado a la policía y... Les ruego nos dispensen; todavía nos hallamos bajo la impresión de lo ocurrido.

—Por supuesto —dijo Sholto cortésmente—. Ha sido un placer, caballeros.

Los dos individuos se alejaron. Violet se volvió hacia Sholto.

—Sinceramente, profesor, ¿cree en lo que ha dicho esa esfera de grasa? —preguntó.

—¿Hay motivos para dudar de su palabra? —contestó él.

Pero Jeenys, el mayordomo, ya subía por la escalera, cargado con los equipajes de los dos jóvenes.

CAPÍTULO VIII

—**J**EENYS —dijo Violet, al hallarse en su habitación—. Es decir, si me permite llamarlo así.

—¿Cómo no, señorita? —contestó el mayordomo—. Así lo hacen todos y...

—Gracias, Jeenys. Me gustaría hacerle un par de preguntas, si no tiene inconveniente.

—Estoy a sus órdenes, señorita. Solo deseo poder darle las respuestas adecuadas.

—Eso espero yo también. Jeenys, se trata de lady Hester. Ya sé que es usted su fiel servidor y que quizá me tome por una chica indiscreta, pero, dígame, ¿qué le sucede? ¿Está muy grave?

—No lo sé bien, señorita —respondió el mayordomo—. Lleva así un par de semanas, como ausente de todo, indiferente a cuanto la rodea. Muchas veces, si no le llevase la comida, ni siquiera la pediría.

—¿Ha llamado al médico de Throgsath?

—Sí, pero solo le encontró un poco de anemia e inapetencia. Le prescribió mucho sueño, reposo y comidas sanas y sustanciosas, y eso es todo.

—Esto no me gusta en absoluto, Jeenys —dijo Violet, resuelta—. ¿Lo ha comentado con el resto de la servidumbre?

—La cocinera se desvive por preparar platos apetitosos para *milady* y se siente afligida cada vez que los devuelve casi intactos. En cuanto a la doncella no parece muy comunicativa.

—¿Cómo se llama, Jeenys?

—Billie, señorita Violet.

La muchacha hizo un fruncimiento de cejas.

—Billie, ¿qué más, por favor? —solicitó.

—Billie Cortland, señorita.

—Gracias, Jeenys. Ha sido usted muy amable. Créame, se lo agradezco con toda sinceridad.

El mayordomo se inclinó.

—Siempre a sus órdenes, señorita Violet —se despidió.

Al mismo tiempo que Violet entraba en su cuarto, Sholto lo hacía en el suyo. El tiempo era fresco, por lo que llevaba un chaquetón, que se quitó, lanzándolo sobre un sillón.

Un extraño ruido llegó a sus oídos. Sholto se quedó perplejo.

—Espero que Jeenys no se haya confundido al asignarme esta habitación —murmuró—. ¿O sí?

Avanzó hacia el origen del ruido, que procedía del cuarto de baño. La puerta estaba abierta a medias y ello le permitió ver a una hermosa mujer, sumergida en una montaña de blanca espuma.

Ella le vio también y sonrió.

—Hola —dijo—. Soy Ormyne Uthdrun.

—Sholto Bould —contestó el joven—. Dispense la pregunta, señora Uthdrun...

—Señorita, por favor —puntualizó ella—. Y, mejor que nada, emplee mi nombre.

Ormyne seguía frotándose con la esponja, sin mostrar turbación por la presencia de un espectador.

—Como guste, Ormyne. Dije antes que quería hacerle una pregunta.

—Sí, vamos, ande —contestó.

—¿Se ha equivocado Jeenys o soy yo el equivocado? Me refiero a la habitación, claro.

Ormyne se echó a reír.

—Tengo dificultades con mi bañera —contestó—. Por eso me vine aquí. Pero no tema, me iré enseguida.

—Oh, no se precipite; yo no tengo prisa en absoluto, Ormyne. De todas formas, no voy a permanecer aquí mientras termina de bañarse.

Ella le dirigió una mirada singular. Había fuego en los negros ojos de la artista. Sholto salió del cuarto de baño y se acercó a la ventana, que daba al patio de armas.

Minutos después, alguien llamó a la puerta.

—Pase —dijo.

Una mujer de unos treinta años, bastante guapa, aunque de facciones un tanto bastas, apareció portadora de una bandeja en la que había dos botellas y algunas copas.

—Whisky y jerez, señor —anunció—. Lo envía *milady* para que pueda tomar una copa cuando le apetezca.

—*Milady* es muy gentil —contestó Sholto—. Exprésele mi gratitud cuando la vea.

—Así lo haré, señor ¿Desea algo más, señor?

—No... Bueno, su nombre, si no tiene inconveniente.

—Billie, señor. Adiós, señor.

Detrás de Sholto sonó una voz:

—Jerez, por favor.

Sholto destapó una de las dos botellas y llenó sendas copas. Ormyne se le acercó, envuelta en un aura de sensual perfume, abrasándole con la mirada y la sonrisa. La bata de baño estaba abierta por un lado casi hasta la cintura.

—Me felicito del encuentro, Sholto. Ahora tengo que trabajar; espero verle con menos prisas en otra ocasión —dijo ella.

—Será un placer —aseguró Sholto.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente.

—¡Sholto, tengo que decirle...!

Violet se interrumpió, atónita al ver a la pareja, frente a frente y con las copas en las manos respectivas. Ormyne pareció sentirse un tanto incómoda.

—¿Quién es, Sholto? —preguntó.

—Mi secretaria, Violet Kinmore. Violet, le presento a Ormyne Uthdrun, la estrella de la película que se está rodando en el castillo.

—Sin ella, por supuesto —contestó Violet ácidamente.

Y cerró de un portazo.

Ormyne se echó a reír.

—¿Celosa, Sholto? —preguntó burlonamente.

—Solo es mi secretaria —contestó él, no de muy buen humor.

La artista exhaló una ligera carcajada.

—Las secretarias también se enamoran de sus jefes —dijo. Le acarició una mejilla con gesto insinuante—. Nos veremos más

tarde, Sholto.

El joven no dijo nada. Ormyne se marchó y Sholto se sirvió una segunda copa para ver si se le pasaba el disgusto que le había causado la inoportuna entrada de Violet.

De pronto, llamaron a la puerta. Era Jeenys.

—El señor querrá cenar aquí o lo hará en el comedor, con los demás huéspedes? —consultó.

—Cenaré con todo el mundo, Jeenys —contestó Sholto—. Dígame, ¿está enferma *milady*?

—Algo le sucede, en efecto, aunque el médico de Throgsath dice que no es nada grave. De todas formas, me gustaría que estuviese aquí el señor Sampson.

—¿Quién es ese caballero, Jeenys? —preguntó Sholto, asombrado.

—El prometido de *milady*. Me permití escribirle para que acudiese al castillo, pero aún no tenemos noticias suyas.

—Oh, no sabía que *milady* tuviera intenciones de casarse de nuevo. De todas formas, muchas gracias, Jeenys.

El mayordomo se inclinó y salió. Sholto meneó la cabeza.

—Vaya, Hester quiere reincidir —murmuró—. Esa sí que es una noticia sorprendente.

—¿Está libre el sultán para recibir a una de sus esclavas? —sonó de pronto la voz sarcástica de Violet desde la puerta.

Sholto frunció el ceño.

—A veces me pregunto qué pecados he cometido yo para merecer la plaga bíblica de su compañía —dijo, con no menos causticidad.

—Nunca me habían llamado una cosa así, pero se lo perdono. ¿Quiere una noticia sensacional?

—¿Producto de su labor particular de espionaje?

—Otros la habrían calificado de chismorreó, pero el resultado es lo que interesa, a fin de cuentas.

—Vamos, vamos, no divague y suelte la noticia.

—Se llama Billie Cortland y es la doncella particular de *milady*.

—¿Tiene eso algo de particular?

Violet se contempló las uñas de la mano derecha con gesto de fingida displicencia.

—Según se mire. Billie trabajó un tiempo en The Silver Hawk —
contestó.

* * *

Violet abrió la puerta lentamente y atisbó a través de la rendija. Hester estaba sentada en el sillón, contemplando las llamas de la chimenea con expresión meditabunda.

La muchacha abrió un poco más. Silenciosamente, sin hacer el menor ruido, se deslizó en el interior de la estancia.

Al fondo, había una puerta. Hester no pareció advertir su presencia. Violet pasó por detrás de ella y entró en el dormitorio.

Esperó pacientemente. No tenía prisa; de todas formas, lo que iba a ocurrir sucedería muy pronto.

Veinte minutos más tarde, se abrió la puerta y Billie entró, empujando un carrito con botellas y platos.

—La cena, *milady* —anunció.

Hester levantó torpemente la cabeza. Desde su escondite, Violet estudió el contenido de la bandeja superior del carrito.

Una botella con agua, un tazón de caldo... ¿Por qué una copa de vino generoso, si había varias botellas en un aparador?

—*Milady* no se encuentra muy bien —dijo Billie—. ¿Por qué no toma unos sorbos de este vino? Es un excelente aperitivo y le devolvería el apetito, puedo asegurárselo.

—Si usted lo cree, Billie —murmuró Hester con voz opaca,

—Estoy plenamente convencida de ello, *milady*.

—¿Y por qué no te bebes tú ese vino?

Billie volvió la cabeza, sobresaltada al escuchar la voz de Violet.

—¿Qué hace usted aquí? —chilló.

Violet tenía la cara muy seria. Vestía un chaquetón corto, con cuello de piel, y su mano derecha se hallaba en el interior del bolsillo correspondiente.

—Bebe ese vino o te acribillo —dijo truculentamente.

Billie retrocedió un paso, aterrada. Creía sinceramente que Violet tenía una pistola en la mano.

—No... no quiero beber...

—El vino contiene una droga, ¿no es así? —dijo Violet, satisfecha de haber comprobado su descubrimiento.

—Yo... yo no sé nada... El vino no me sienta bien...

—En el Silver Hawk bebías el whisky como si fuese agua. No vengas ahora a decirme que el vino te hace daño.

Hester se levantó torpemente.

—¿Qué sucede aquí...? ¿Por qué discuten ustedes...? —preguntó.

Violet avanzó un par de pasos más.

—Billie, no pienso repetírtelo dos veces —dijo—. O bebes o te mato.

La doncella estaba aterrada. Alargó la mano y bebió de un trago el contenido de la copa.

—Está bien —dijo—. Ahora ya puedes largarte. Dormirás mucho, te lo aseguro. Y antes de que despiertes, iré a verte yo a tu cuarto y me dirás quién te ordenó drogar a *milady*.

Billie estaba palidísima.

—Tú... usted me conoce...

—También trabajé una temporada en The Silver Hawk —sonrió Violet—. Anda, déjanos solas. Dudo mucho de que llegues consciente a tu habitación, pero, a fin de cuentas, quitarte de en medio es lo que me interesa.

Billie giró sobre sus talones y echó a andar con paso vacilante hacia la puerta. Hester continuaba todavía en pie, aturdida por la escena que acababa de presenciar y cuya comprensión escapaba a su embotado cerebro.

—Señora, desde que llegó esa pájara, la han estado drogando a usted —dijo Violet.

—No sé nada... Me siento muy torpe...

—Eso se arregla fácilmente —sonrió la muchacha.

Llenó un vaso de agua y lo arrojó a la cara de Hester. La dueña del castillo chilló.

Implacable, Violet le tiró más agua. Luego, pareciéndole que era poco, la llevó a viva fuerza al cuarto de baño y la puso vestida como estaba bajo la ducha.

—Tiene que reaccionar, señora —dijo, a la vez que abría la llave del agua fría.

En el mismo instante, Sholto salía de su habitación. Billie, la doncella, estaba parada en lo alto de la escalera, mirando a todas

partes con los ojos desorbitados.

De repente, se le doblaron las rodillas y empezó a caer. Billie rodó aparatosamente por la escalera, hasta quedar detenida en el suelo del vestíbulo.

Un hombre alto, tremendamente robusto, apareció por una puerta, atraído por el ruido. Vio a la mujer caída y corrió hacia ella.

Sholto reconoció al verdugo. El gigante se arrodilló junto a Billie y la sacudió con fuerza, a la vez que pronunciaba su nombre repetidas veces.

Pero Billie no contestó. De pronto, el individuo levantó los ojos y miró a Sholto que se hallaba en lo alto de la escalera.

—Está muerta —anunció con dramático acento.

* * *

Barry Hunt fumaba flemáticamente. En cambio, McCushoo se paseaba aguadamente por el gran salón de la planta baja.

—Esto va a ser mi ruina —gemía el director de la película—. Yo había puesto todas mis esperanzas en esta producción...

—¿Es suyo el dinero? —preguntó Sholto, presente en la reunión, a la cual asistía también Nick Billie, el sujeto que había desempeñado el papel de verdugo.

—Soy director y productor asociado —contestó McCushoo—. Y si esto sigue así, dentro de nada seré un mendigo. Dos muertes... dos muertes en un mismo día

—Habrás avisado a la policía, supongo —dijo Sholto.

—¡Claro que sí, hombre! ¿Cree que no conozco mi deber? Barry, tú te has encargado de ello, ¿no es así?

—En efecto, señor McCushoo —respondió Hunt—. Tenemos avisada la llegada de un inspector de la policía de Edimburgo. Pero no creo que venga hasta mañana

—¿Qué dice el médico de Throgsath?

—No hay médico. El más próximo, reside en una población situada a dieciocho millas, Hurmwood. También le hemos avisado, por supuesto.

—¿Supone usted que Billie, la doncella, trataba de envenenar a lady Hester?

—Es posible. Pero, en tal caso, ¿por qué bebió ella el vino destinado a la señora Spencer?

—Se equivocaría, sin duda —dijo Sholto, que no quería divulgar la noticia de la acción realizada por Violet.

—No hay otra explicación —convino el impasible Hunt.

El ayudante del director ocultaba muchas cosas que sabía, pensó Sholto. Era un sujeto terriblemente astuto y, casi con seguridad, despiadado.

Respecto de McCushoo lo estimó un juguete en manos de Hunt. Tal vez era un auténtico director de cine. Pero la pobreza de medios era evidente.

CAPÍTULO IX

—QUIZÁ empieza ahora y quiere descollar con lo que él cree será una película sensacional —opinó Violet, cuando Sholto comentó el tema con ella más tarde.

—De modo que usted lo califica de cineasta principiante.

—Así parece, ¿no?

—¿A los cincuenta años?

Violet se quedó parada.

—No es muy corriente, en efecto —admitió—. Parecía más lógico si tuviese veinte o veinticinco años menos, pero con medio siglo ya a las costillas...

—Yo sospecho principalmente de Hunt. Es un tipo del que no me fío en absoluto.

—Una cosa es segura: en el primer día de nuestra llegada a Throgmound Castle ya se han producido dos muertes. Yo estoy por opinar que se trata de sendos asesinatos.

—Eso ya lo aclarará la policía, Violet. Y la autopsia del cuerpo de Billie nos dirá qué veneno se iba a utilizar contra Hester. A propósito, ¿qué dice Hester?

—Todavía está muy embotada. Son muchos días de ingerir droga. Ha reaccionado bastante con el tratamiento de agua fría y café, pero no ha conseguido eliminar la droga todavía lo suficiente como para razonar de un modo normal y coherente.

—Me pregunto por qué la drogaban, Violet —dijo Sholto, preocupado.

—Hombre, eso está claro. El tesoro de lord William —contestó la muchacha.

—Es un motivo muy justificado, en efecto. Pero nadie sabe dónde está.

—Usted tiene la clave, ¿no?

—Hasta ahora, no he conseguido descifrarla. El documento tiene una redacción muy oscura. Quizá Hester me ayude algo, cuando se sienta con sus facultades en perfecto estado.

—Yo también lo espero así, profesor. Pero ahora me gustaría hacerle una observación.

—Sí, Violet, por supuesto.

—Se trata de los extras que figuraron en la escena de la ejecución. ¿Están al tanto del asunto?

—No parece lógico...

—Yo diría todo lo contrario —exclamó ella.

—¿Por qué?

—Forman parte de una banda, lo mismo que Cara de Piedra e Hymie Rand. Naturalmente, Harry McOvid es uno de los jefes, como lo era Evelyn Lytton.

—Y el objetivo de esa banda es el tesoro.

—Justamente.

Sholto dio un par de paseos por la estancia en que se hallaban, que era el dormitorio de la muchacha.

—Violet, hay algo que me intriga todavía —dijo.

—¿Qué es, profesor?

—Fueron dos tipos los que me atacaron en la posada. Uno de ellos resultó decapitado.

—Sí, falta el otro.

—No le he visto aún.

Hubo un momento de silencio.

—Debe de estar por alguna parte, ¿no cree? —dijo ella al cabo de unos instantes.

—Sí, y me gustaría encontrarle para hablar con él.

—¿Por qué no empieza a buscarle?

—¿Solo?

—Yo pasaré la noche con Hester. No quiero que le suceda nada. Sholto sonrió.

—Una excelente precaución, por la que debe ser elogiada sin regateos —dijo.

Con la luz apagada, Sholto miró a través de la ventana.

Los supuestos extras dormían en uno de los camiones, habilitado para alojamiento. Solo el director y su ayudante se hospedaban en el castillo.

El silencio era absoluto. Sholto consultó su reloj de pulsera. Las doce y media.

Era una buena hora para empezar a buscar al segundo de los individuos que le habían atacado en la posada. Sin perder ya más tiempo, abandonó su dormitorio y bajó al gran vestíbulo.

Había varias puertas. Una de ellas estaba situada bajo la escalera.

Sholto se encaminó hacia ella sin vacilar. Tanteó el pomo y abrió.

Otra escalera apareció ante sus ojos. Vio a su derecha un interruptor y encendió la luz.

El subterráneo era grande, espacioso, sostenido por recias columnas de piedra, en las cuales se apoyaban unos grandes arcos. Había una gran humedad en el ambiente.

A la izquierda divisó tres puertas de recia madera, con fuertes herrajes. De pronto, creyó escuchar un débil gemido que procedía de una de ellas.

Se acercó a la puerta. Había una mirilla cuadrada, de unos doce a catorce centímetros de lado, con una cruz de hierro que la protegía para evitar que la persona encerrada al otro lado pudiera sacar un brazo y abrir desde el interior.

Pero no había llave en la cerradura y, falto de instrumentos adecuados, Sholto no podía hacer nada por abrir la puerta.

Escrutó a través de la mirilla. Había un bulto tumbado en el suelo, en el fondo de la celda, que mediría unos tres metros de largo por dos de ancho.

—Eh, oiga —llamó.

El individuo se movió. Sholto percibió el estremecedor sonido de unas cadenas que se agitaban.

—¿Quién es usted? —inquirió el preso.

—El nombre no le diría gran cosa. ¿Por qué está ahí?

—Me encerraron. Cometí un fallo...

—¿En la posada de Kitty McCrutten?

—Sí.

—De modo que usted es uno de los dos tipos que querían narcotizarme —dijo Sholto.

El preso se agitó de nuevo y las cadenas volvieron a tintinear.

—Usted es...

—Yo mismo —confirmó Sholto—. ¿Sabe que su compañero ha muerto decapitado?

Un ahogado gemido fue la respuesta a aquellas palabras. Sholto continuó hablando:

—Dígame, ¿quién le encerró aquí?

Sholto no pudo escuchar la respuesta. Algo le cayó sobre la cabeza.

Era una cosa muy dura y perdió el sentido instantáneamente.

* * *

Cuando despertó, se encontró en pie en un sitio que le resultaba desconocido, sujeto por unas abrazaderas que le ceñían el cuerpo por tres sitios: pecho, caderas y rodillas. Los brazos estaban asimismo dentro de las abrazaderas, de modo que no podía hacer otros movimientos que los de la cabeza.

Pronto se dio cuenta de que estaba en algo que parecía un ataúd situado en posición vertical. También advirtió que se hallaba en una celda, aunque de mayores dimensiones que la que servía de encierro al hombre que había intentado narcotizarle en la posada.

De pronto, percibió un movimiento en las inmediaciones. Una figura blanca apareció ante sus ojos en la penumbra del subterráneo.

—Hola —sonrió Ormyne Uthdrun.

—¿Por qué no me suelta, hermosa? —pidió Sholto.

—No puedo —contestó la artista.

—Diga mejor que no quiere...

—Es algo superior a mi voluntad, así que tómelo como mejor le parezca.

A Sholto le pareció que Ormyne estaba bajo la influencia de una extraña euforia, que no provenía solamente de su peculiar estado de ánimo.

«¿Una droga?,» se preguntó.

Los ojos de la mujer fosforescían. De pronto, se le acercó y movió la mano derecha.

La tapa del ataúd giró de modo que Sholto pudiera verla. El joven sintió que se le ponían los pelos de punta.

—Precioso, ¿verdad? —dijo Ormyne, sonriendo diabólicamente.

Sholto contempló con ojos desorbitados la incalculable serie de puntas de hierro que asomaban por la parte interior de la tapa. Ninguna de ellas medía menos de diez centímetros. Algunas eran verdaderos puñales y varias de ellas tenían formas diferentes.

—Cuando la tapa gire, las puntas se le clavarán en el cuerpo, por todas partes: desde la frente a los tobillos —anunció Ormyne.

—¿Es una invención suya? —preguntó Sholto, tratando de dominar el pánico que sentía.

—Oh, no, pertenece a los decorados de la película. Una de las escenas se iba a filmar aquí. Yo iba a ser la protagonista. La cámara recogería mis gestos de horror, pero el héroe vendría a salvarme en el último instante. Para usted, Sholto, no habrá héroe salvador.

—Y, seguramente, se quedará aquí para ver cómo muero.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Es una película de muchos trucos de horror —admitió—. Todavía no ha visto más cosas, ni las verá, por supuesto.

—¿Tiene usted fuerza suficiente para clavarme todas esas puntas en el cuerpo?

—Si cerrase de golpe, no cabe la menor duda de que lo conseguiría. Pero entonces la diversión se acabaría en un instante. La cosa durará un poco más, tendrá verdadero suspense, como pasará con la película, por supuesto.

La tapa formaba ahora un ángulo recto con el ataúd. Ormyne continuó:

—Hay un motorcito que la hará girar muy lentamente y con la suficiente potencia para que las puntas se claven poco a poco en su cuerpo. Se sentirá atravesado por un centenar de puñales, Sholto... Y yo estudiaré sus reacciones, para reproducirlas cuando llegue el momento de la filmación.

—Si se cierra la puerta, no podrá...

—Mire a su derecha; puede mover la cabeza suficientemente —

indicó ella.

Sholto obedeció. En la plancha lateral del ataúd había una ventanilla cuadrada, de unos veinticinco centímetros de lado, situada a la altura de su rostro.

Ormyne se inclinó de pronto y tocó algo. Se oyó un chasquido y la tapa del ataúd empezó a girar muy lentamente.

—Para que las cosas aparezcan en la ficción como si fuesen reales, es preciso aprender de la realidad mismo —dijo la artista cínicamente.

* * *

El silencio era absoluto. Solo se oía una especie de tic-tac procedente del motorcito que hacía girar la tapa claveteada con monótona lentitud.

Transcurrió un minuto.

La tapa había cubierto ya un tercio de su giro. Sholto calculó que, dos minutos más tarde, las puntas de hierro empezarían a clavarse en su carne.

Ormyne se situó a su derecha, mirándole sin dejar de sonreír. Era una diablesa, vestida con una larga túnica blanca, sin el menor adorno.

Transcurrió otro minuto. Sholto rogó mentalmente para que alguna de aquellas afiladas puntas se le clavaran en el corazón. Sus padecimientos durarían así mucho menos.

De repente, cesó el tic-tac.

Ormyne se puso rígida.

—¿Qué pasa? —exclamó casi a gritos.

—Se ha parado el motor —adivinó Sholto.

Ormyne se precipitó sobre el motor, desapareciendo durante unos momentos de la vista del joven.

—Han cortado el contacto —gritó la artista.

Y, como enloquecida, se precipitó fuera de la celda.

Sholto estaba casi frente a la puerta. De pronto, pudo ver dos fuertes manos que agarraban a Ormyne por los hombros y la lanzaban al otro lado del subterráneo con indescriptible violencia.

Ormyne chilló. Intentó levantarse, pero un puño chocó contra su mandíbula y la dejó sin conocimiento en el acto.

Luego, un hombre alto y fornido entró en el sótano. Sholto vio que llevaba un enorme bigote y grandes gafas de color.

El hombre dijo:

—Creo que he llegado a tiempo de salvarle la vida, amigo.

—No lo sabe usted bien —rio Sholto entre dientes.

El desconocido agarró la tapa por el borde, procurando no pincharse con algunas de las puntas, y pegó un tremendo tirón. Se oyó un fuerte crujido y la tapa fue arrancada de sus bisagras.

Acto seguido, el individuo soltó dos de las abrazaderas que mantenían sujeto a Sholto.

—Usted podrá quitarse por sí mismo la que falta —indicó.

—Sí... pero, dígame, ¿cuál es su nombre? ¿Quién es usted?

El desconocido no contestó. Dio media vuelta y escapó a todo correr. Sholto vio que se inclinaba sobre Ormyne y que, tras levantarla a pulso en sus robustos brazos, desaparecía del subterráneo.

Resignado, se inclinó para soltarse la abrazadera que sujetaba sus rodillas. Luego abandonó aquel siniestro ataúd donde había estado a punto de dejar la vida.

Salió de la celda. Pensó que sería inútil correr tras el desconocido, quien, por las muestras, parecía conocer muy bien el castillo. De pronto, se acordó del otro prisionero.

Entonces, repentinamente, oyó la voz de Violet en lo alto de la escalera:

—¡Profesor! ¿Qué hace usted aquí?

Sholto se volvió.

—Sobrevivir, hijita, sobrevivir —contestó sarcásticamente.

CAPÍTULO X

VIOLET descendió corriendo las escaleras. De pronto, se detuvo e, inclinándose, recogió algo del suelo.

—¡Eh! ¿Qué hace esto aquí? —exclamó, desconcertada.

Era una peluca rubia, de largos cabellos. Sholto no se sintió menos asombrado que la muchacha.

—Le juro que no la había visto hasta ahora —manifestó.

—Alguien la ha perdido, seguro.

Sholto pensó en Ormyne. Claro que él, ocupado en soltarse, no se había fijado en el detalle.

—¿Cómo está lady Hester? —preguntó.

—Bien, dormida apaciblemente y sin peligro alguno. He cerrado con doble llave la puerta de su dormitorio y la tengo yo —contestó Violet—. Pero aún no me ha dicho qué hace usted en el subterráneo.

—Se lo explicaré luego detenidamente. Ahora quiero ver algo que me interesa mucho.

Sholto se acercó a la puerta del calabozo donde estaba encerrado el otro prisionero y lanzó un grito:

—¡Eh, amigo!

Nadie le contestó. Perplejo, repitió el grito, pero el silencio continuó.

—¿Es que hay alguien ahí adentro? —inquirió Violet

—Sí, el compañero del decapitado. Hablé antes con él...

—¿Y por qué no abre la puerta en lugar de hablar a través de la mirilla? —se extrañó ella.

—Por la sencilla razón de que es una puerta muy recia y no tengo la llave.

—Profesor, ¿está enfermo?

Sholto la miró extrañado. Violet alargó la mano y la movió en sentido giratorio. Asombrado, Sholto pudo darse cuenta de que la llave estaba insertada en la cerradura.

—Pues antes no estaba —declaró.

—Ahora, sí.

Violet tiró de la puerta. Inmediatamente, pegó un chillido atroz.

Ahora entraba más luz en la celda. Sholto sintió una fuerte convulsión al ver la forma en que había sido asesinado el prisionero.

Estaba en pie, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y la cabeza inclinada hacia adelante. Una larga barra de hierro, que más bien era un clavo de gigantescas dimensiones, lo había traspasado de lado a lado, sujetándolo a la pared. La punta, calculó, Sholto, estaba seguramente hundida en alguno de los intersticios de las piedras que formaban el muro.

Había una mordaza a su alrededor. Ello significaba que no había podido gritar mientras era asesinado de una manera tan bárbara.

Violet giró sobre sus talones y se apoyó en la pared con una mano, poniéndose la otra en la boca. Fuertes espasmos recorrían su cuerpo. Sholto no se sentía mucho mejor.

—Será mejor que nos vayamos —aconsejó al cabo de unos momentos—. Aún no podemos hacer nada y es preciso que esperemos la llegada del inspector de policía de Edimburgo.

Violet asintió en silencio. No tenía fuerzas para hablar.

Sholto cerró la puerta con doble vuelta de llave, que luego guardó en el bolsillo. Acto seguido, pasó una mano por la cintura de Violet; ella apenas si podía dar un paso por sí sola.

* * *

Llenó una copa y se la ofreció a la muchacha. Ella la rechazó vivamente.

—¡No! Puede estar envenenada, como la que tomó Billie —exclamó, llena de pánico.

Sholto olfateó el licor. No se percibía ningún olor extraño. Probó un poco con la punta de la lengua y encontró un sabor enteramente natural.

—Primero, beberé yo —dijo—. Seré su catavenenos.

Violet le contempló con ojos horrorizados.

—Sigamos hablando —propuso Sholto—. Si hay algún veneno que no altera el aroma y el sabor del whisky, pronto lo sabremos.

—Billie bebió...

—Porque creía que solo se trataba de un narcótico. Pensó que dormiría unas horas, lo cual no consideraba peligroso.

—Yo la obligué a beber —gimió Violet.

—Hizo lo que debía en aquellas circunstancias. Yo también habría hecho lo mismo, así que no debe sentir remordimientos.

—Profesor, ¿se ha dado cuenta de que estamos sumergidos hasta el cuello en un ambiente de terror?

—No es necesario que me lo diga; yo mismo llegué a darme por muerto no hace mucho rato.

Sholto explicó detalladamente cuanto le había sucedido. Violet le escuchó con la mayor atención, sin interrumpirle una sola vez.

—¿Y dice que fue Ormyne la que quería matarle? —preguntó ella, una vez terminada la narración,

—No cabe la menor duda, Violet...

—Oiga, ella es una chica muy guapa, pero no parece que tenga las fuerzas suficientes como para levantarlo del suelo y meterle de pie en ese ataúd forrado de puntas de hierro. Alguien más tuvo que ayudarla, creo yo.

—No había dado en ello —admitió Sholto—. Pero solo la vi a ella.

—Quizá su ayudante, o sus ayudantes, desaparecieron una vez estuvo usted dentro de aquella horrible caja. Y, naturalmente, después de haber asesinado al pobre desgraciado que fracasó en la posada.

—Ensartándolo como a una mariposa.

—¡No hable así! —se estremeció Violet—. Ande, deme un trago; creo que puedo tomarlo sin temor alguno.

—Yo sigo vivo, ¿verdad? —sonrió él.

—Sí, continúa vivo... pero todavía ignoramos quiénes son los asesinos.

Sholto llenó otra copa y se la entregó a la muchacha.

—Están dentro de Throgmound Castle, como el oro —

respondió.

—El oro —repitió ella pensativamente—. Suponiendo que exista, nadie sabe dónde está.

—La leyenda del pergamino está cargada de metáforas. Algunas de ellas son relativamente fáciles de adivinar. Otras, en cambio, son absolutamente indescifrables. Pero hay una que me sé de memoria y que, desde el primer momento, llamó poderosamente mi atención.

—¿Cuál es, Sholto? —preguntó Violeta, llena de curiosidad.

—Dice así: *Una vez por año, en la fecha del gran fuego, habrá que poner las manos delante, para ocultar la primera luz, justo frente al sitio donde yo hubiera visto el gran fuego, de haber vivido.* Y añade que eso tendrá que hacer el que quiera disfrutar del producto de sus experimentos de alquimia.

—El gran fuego —repitió Violet—. ¿Qué significará eso, Sholto?

El joven suspiró.

—Por ahora, no tengo la menor idea, como tampoco se me alcanza lo que significa «primera luz» —contestó desanimadamente.

* * *

Por la mañana, el castillo permanecía silencioso. Sholto despertó bastante tarde y, tras el aseo correspondiente, se vistió y salió en busca de algún sitio donde saciar su apetito.

Por el camino se encontró con el mayordomo.

—Jeenys, quisiera desayunar —dijo.

—Temo que el señor habrá de esperar un poco —contestó el mayordomo—. La cocinera se ha despedido y todo anda un poco revuelto. Pero si el señor tiene paciencia, yo mismo le serviré el desayuno dentro de unos minutos.

—En la biblioteca, por favor, gracias, Jeenys.

—Muy bien, señor —se inclinó el mayordomo.

El día anterior, Sholto había localizado la biblioteca. Era lógico suponer que el archivo de Throgmound Castle se encontrase allí.

Entró en la biblioteca. Había varias estanterías repletas de volúmenes, algunos de ellos antiguos y de gran valor. Una de las estanterías contenía una serie de libros muy grandes y pesados, y

junto a ella se veía un enorme facistol.

Sholto examinó las leyendas que había en los lomos de los libros. De pronto, encontró un título que llamó especialmente su atención:

«Actas del proceso y copia de la sentencia dictada el 9 de mayo de 1649 contra lord William Clarence Spencer, acusado de brujería y de pactar con el demonio, así como de practicar la alquimia con fines criminales.»

Sholto lanzó una exclamación de alegría. Cargó con el pesado mamotreto y lo situó sobre el facistol.

Empezó a leer. Por su condición de investigador histórico, estaba familiarizado con los caracteres antiguos y la enrevesada caligrafía de trescientos años antes, de modo que leía las páginas manuscritas con la misma facilidad que un periódico moderno.

Había mucho que leer en aquella recopilación de hechos acaecidos en Throgmound Castle. Por lo que dedujo, lord William había sido un hombre que había querido salirse de la rutina, cosa que no le habían perdonado sus coetáneos, aferrados a absurdos prejuicios y rutinas disparatadas. Lord William, sencillamente, había sido un hombre de mente cultivada y despierta, con algunas ideas geniales sobre medicina, rebasadas en el siglo XX, pero avanzadísimas en el siglo XVII.

Además, había cometido el imperdonable pecado de fabricar oro.

Jeenys trajo el desayuno. Fascinado por la lectura, Sholto se olvidó de comer siquiera.

Uno de los documentos contenía una minuciosa descripción de una de las monedas fabricadas por lord William, con la ayuda del diablo, según se decía. Traduciendo las medidas de peso antiguas a las actuales, Sholto halló que cada moneda no pesaba menos de ochenta gramos.

Además, la efigie del demonio estaba grabada en una de las caras. En la otra había una singular inscripción: William, Thragmoundis Rex.

—Guillermo, rey de Throgmound —tradujo Sholto minuciosamente.

La sentencia había sido de muerte en la hoguera y ejecutada en el patio del propio castillo, al día siguiente, 10 de mayo de 1649. El proceso, iniciado en 1644, había durado, por tanto, cinco años, durante los cuales el acusado había permanecido sin salir de su fortaleza, aunque moviéndose libremente por ella.

El escribano había transcrito fielmente todos los acontecimientos de la ejecución, incluida la maldición proferida por el reo en el momento de ser encadenado al poste fatal. Lord William había maldecido al autor de todas sus desdichas e instigador principal del proceso, asegurándole que el oro que él había escondido serviría para vengarle algún día, en él o de sus descendientes, puesto que estaba seguro de que tratarían de encontrarlo.

Pero el oro mataría a Angus McOvid, el mayor enemigo del reo.

O a cualquiera de sus descendientes que intentase apoderarse de la inmensa fortuna escondida en algún lugar del castillo.

Violet despertó muy tarde. La noche había sido agitada y le costó conciliar el sueño, pero, cuando al fin lo consiguió, se durmió profundamente. Eran ya cerca de las doce cuando abrió los ojos en el diván donde se había acostado para pasar el resto de la noche y vigilar así a lady Hester.

Bostezó aparatosamente y estiró los brazos. Luego apartó las mantas a un lado y se puso en pie. Miró a través de la ventana. El sol luchaba para abrirse paso a través de las nubes.

Fue al baño y se aseó ligeramente. Le extrañó de pronto no oír nada en el dormitorio de la dueña del castillo.

—Ya tendría que estar levantada —se dijo.

Corrió al dormitorio. Una oleada de pánico invadió su mente.

¡Hester había desaparecido!

La cama estaba en perfecto orden, así como el resto del mobiliario, pero no había la menor señal de Hester.

Aterrada, dio media vuelta y salió corriendo de la habitación. Fue a buscar a Sholto, pero no lo encontró.

Su miedo aumentó más. De pronto, divisó al mayordomo.

—¡Jeenys! —gritó—. ¿Ha visto usted al profesor?

—Está en la biblioteca, señorita.

—¡Uf! —respiró ella, muy aliviada—. Gracias, Jeenys.

Bajó las escaleras de dos en dos y se metió en la biblioteca.

—¡Sholto! Lady Hester ha desaparecido —exclamó.

El joven se volvió.

—Habrá salido —sugirió.

—¿Sin despertarme? Yo dormía en la sala...

—Seguramente, no quiso molestarla. —Sholto cerró el libro—.

Vamos a buscarla; debe de estar por alguna parte.

Los ojos de Violet expresaban temor.

—Sholto, cada vez tengo más miedo —confesó—. Me creerá o no, pero tengo unas ganas locas de abandonar este maldito castillo.

La mano de Sholto se apoderó de uno de sus brazos.

—Ahora no podemos marcharnos —dijo—. ¿Sabe?, he estado leyendo las actas del proceso de lord William y he averiguado detalles muy interesantes.

—¿Sí?

—Por ejemplo, hoy es nueve de mayo. Mañana, diez de mayo de mil novecientos setenta y dos, hará justamente trescientos veintitrés años que lord William murió en la hoguera.

—Oh... —murmuró Violet.

—Y, más todavía: su principal enemigo, el que, podría decirse, fue quien organizó todo el tinglado para quedarse con el oro, supuestamente fabricado por lord William, era un antepasado de nuestro buen amigo Harry McOvid.

CAPÍTULO XI

VIOLET no tuvo tiempo de mostrar su asombro, Jeenys cruzaba el vestíbulo en aquel momento y Sholto llamó su atención.

—Buscamos a lady Hester —dijo—. ¿Puede indicarnos dónde está, por favor?

—Lo siento, profesor; *milady* marchó muy temprano a Londres. No obstante, me dio órdenes para que les atendiera a ustedes durante todo el tiempo que gusten permanecer en Throgmound Castle.

Sholto y Violet se quedaron parados al escuchar aquella respuesta. Jeenys hizo una inclinación de cabeza.

—Más misterios, Sholto —dijo la chica, una vez que el mayordomo hubo desaparecido de su vista.

—¿No cree usted que Hester se haya ido a Londres?

—Me da miedo expresar en voz alta lo que estoy pensando.

Sholto comprendió el sentido de la respuesta. De pronto, concibió una idea.

—Sígueme, Violet —dijo, a la vez que echaba a andar hacia la salida.

Instantes más tarde, cruzaban el patio. Atravesaron el túnel y salieron al exterior.

Cuatro individuos haraganeaban en las inmediaciones de uno de los camiones. Ahora vestían ropas corrientes, en lugar de las que habían utilizado en la filmación de la película.

—Busco al señor McCushoo —dijo Sholto; sin dirigirse a ninguno de ellos en particular.

Una mano señaló el camino más cercano a la entrada.

—Está ahí —indicó el sujeto.

—Gracias —contestó Sholto.

El camión parecía una mezcla de laboratorio rodante y oficina, todo a la vez. Sholto subió una escalera que conducía a la puerta posterior y tocó con los nudillos.

El delgado rostro de Hunt asomó en el acto.

—¿Sí? —dijo fríamente.

—Quiero hablar con el director McCushoo —manifestó Sholto.

—Ahora está repasando el guion. No puede...

Sholto alargó la mano, asió al sujeto por el cuello y tiró con fuerza, haciéndole saltar al suelo. Hunt trastabilló y acabó por quedar de gatas sobre la hierba.

Furioso, se puso en pie y sacó una pistola. Un lindo zapatito de mujer golpeó su muñeca y el arma saltó por los aires.

Hunt lanzó una gruesa interjección. Veloz como el pensamiento, Violet se agachó y se apoderó de la pistola.

—No se mueva —dijo.

Hunt sonrió burlonamente.

—Tiene puesto el seguro, tonta —dijo.

Violet apretó el gatillo. Sonó un estampido.

Hunt pegó un tremendo salto.

—¿Es que quiere matarme, loca? —aulló.

Sholto sonreía desde la puerta del camión.

—Es una chica muy desconfiada —dijo—. Bravo, Violet; mantenga a ese sujeto a raya, mientras yo hablo con su jefe.

* * *

Sorprendentemente, McCushoo estaba muy afligido.

—Me voy a arruinar... Esta película será un fracaso... Yo tengo que hacerlo todo, cuando hay algo que hacer —gemía—. Incluso la estrella me ha abandonado.

—¿Ormyne? —preguntó Sholto.

—Claro, ¿quién otra podría ser?

—¿Quién era el protagonista masculino?

—No lo había. Ella era la intérprete principal de la historia, una mujer sádica y ávida de sangre, que solo disfrutaba matando a las personas. Pero ahora se ha ido y...

—Señor McCushoo, ¿qué me dice del inspector de policía que

iba a venir de Edimburgo?

El director de cine le miró sorprendido.

—Ya ha estado aquí y ha vuelto a marcharse. Él mismo se encargó de llevarse los cadáveres —contestó.

—Muy temprano debió de ocurrir —observó Sholto, perplejo.

—Poco después de amanecer. Ni siquiera estuvo aquí una hora.

—¿Y el médico?

—Mi ayudante habló con él. Yo no sé nada; tampoco vi al policía... lo único que sé es que pensaba hacer una película sensacional, con muy pocos medios, y que acabaré arruinado. Tengo un socio que me ha facilitado un crédito, pero al ver que fracaso, me lo retirará...

—¿Quién es ese socio? —preguntó Sholto.

—Harry McOvid. Él fue quien me dio la idea de filmar aquí, en Throgmound Castle. Dijo que era el escenario ideal para mi película... También me facilitó algunos figurantes y me impuso como condición esencial que Hunt fuese mi ayudante.

Sholto movió la cabeza lentamente.

Estaba ante un pobre iluso, engañado por unos sujetos carentes de escrúpulos. La forma en que McCushoo y McOvid se habían conocido poco importaba; probablemente, habrían trabado relación en *The Silver Hawk*.

Para McOvid, la ocasión se le había presentado llena de favorables auspicios. Era lógico suponer que Hester no le habría dejado entrar en el castillo para buscar la fortuna escondida por su antepasado y que el del propio McOvid no había podido encontrar.

—Se han cometido tres asesinatos —dijo severamente—. ¿Sabe que puede verse metido en un tremendo lío, señor McCushoo?

—¡Qué me importa ya! —contestó el hombre, muy abatido—. No me encontraré peor de lo que ya estoy. Además, soy inocente de todo lo que sucede.

—¿Tiene Hunt algo que ver con esos crímenes?

McCushoo guardó un silencio muy elocuente. Ahora, Sholto veía que Hunt había pasado de ser un servicial ayudante a un vigilante férreo e implacable.

—Está bien, gracias por todo, señor McCushoo —se despidió el hombre.

Abandonó el remolque. Violet y Hunt continuaban todavía en la misma postura.

—Se han cometido tres asesinatos en el castillo, Hunt —dijo el joven severamente—. Suponiendo que lady Hester continúe con vida, y usted es culpable de todos ellos —agregó—. Así pues, le voy a encerrar en un sitio seguro y llamaré a la policía.

Hunt sonrió desdeñosamente. Sholto se apoderó de la pistola de Violet.

—Camine —ordenó a continuación.

Hunt echó a andar sin rechistar. Entraron en el túnel y asomaron al patio.

Entonces, una enorme manaza agarró la pistola de Sholto y se la arrebató de un tirón. El joven se quedó tan sorprendido, que no tuvo tiempo de reaccionar.

Volvió la cabeza. Frente a él se hallaba el gigante que había desempeñado el papel de verdugo.

Hunt giró sobre sus talones y sonrió complacido:

—Gracias, Nick —dijo.

En el mismo momento, un puño de pavorosas dimensiones avanzó hacia la mandíbula de Sholto. Violet chilló.

Sholto pudo ver las estrellas en pleno día. Pero enseguida llegó la noche.

* * *

Unas manos le palmearon suavemente las mejillas.

—Despierte, Sholto, despierte... —sonó muy lejana la voz de Violet, llena de notas ansiosas.

Sholto abrió los ojos. Violet estaba arrodillada a su lado y trataba de reanimarle.

—Estamos encerrados, supongo —dijo al cabo de unos instantes.

—Sí, en una de las celdas del sótano.

Sholto se sentó en el suelo y se tanteó la mandíbula.

—Pega como una mula salvaje —gruñó—. ¿Han dicho qué es lo que piensan hacer con nosotros, Violet?

—Por el momento, nos tienen encerrados. Hunt no mencionó nada acerca de sus proyectos.

—No podemos esperar nada bueno de ellos. Es preciso encarar las cosas con realismo, muchacha.

Violet seguía sentada sobre sus talones. Puso las manos sobre los muslos y le miró fijamente.

—Estoy de acuerdo con usted —contestó—. Pero no podemos escapar de aquí.

Sholto se puso en pie. La celda no tenía otra abertura que la mirilla de la puerta.

Ni siquiera había muebles. Solo una jarra con agua.

Sholto tomó un par de sorbos. Hurgó en sus bolsillos; no tenía más que cigarrillos y una tira de fósforos.

—Me gustaría saber cómo piensan matarnos —dijo, mientras encendía un cigarrillo.

—Espero que no organicen una ejecución como la que vimos —murmuró ella, aterrada ante la perspectiva de poner el cuello sobre el tajo del verdugo.

—Yo diría que no —sonrió él.

—¿Por qué?

—Mujer, ya han filmado una escena semejante. En todo caso, lo harán de otra manera.

—No sé cómo tiene usted humor para bromear en esta situación —dijo Violet, enojada—. Se me abren las carnes solo de pensar en lo que nos puede suceder.

—Por entrometidos, sobre todo, usted.

—¿Qué quiere decir, Sholto?

—Simplemente, que no creo que fuese usted una chica de taberna, ni una ladrona, ni analfabeta o iletrada. Violet, ¿qué es usted, en realidad?

La muchacha suspiró.

—Tendré que decir la verdad —contestó.

—Bien, hágalo —sonrió él.

—Soy detective privado, Sholto.

Hubo un instante de silencio. Sholto la contemplaba con asombro.

—Es algo que no me hubiera esperado jamás —dijo al fin.

—¿Es que una mujer no puede desempeñar ese oficio? —se picó Violet.

—Bueno, no sé por qué no... pero se me antoja tan extraño...

—¡Reaccionario! —le apostrofó ella—. Pues debe saber que he tenido algunos éxitos, aunque ahora —añadió tristemente—, me voy a enfrentar con mi primer y último fracaso.

—Todavía estamos vivos —dijo Sholto, tratando de infundirle ánimos.

De pronto, sonaron unos golpes en la puerta.

Sholto y Violet volvieron la cabeza instintivamente hacia la entrada del tétrico calabozo. El joven se precipitó hacia la puerta.

—¡Eh! ¿Qué hacen ahí? —gritó.

—Estamos tapando todas las grietas —sonó una voz al otro lado de los recios tablones de madera.

CAPÍTULO XII

—¿TAPAR las grietas? —repitió Violet—. ¿Acaso pretenden gasearnos?

Sholto sintió un estremecimiento de pánico. De pronto, vio que alguien tapaba la mirilla con un trozo de madera, provisto de burletes de goma, a fin de asegurar su total estanqueidad.

El trozo de madera tenía, sin embargo, un orificio redondo. Pero no había apenas luz; podía decirse que la celda estaba en tinieblas.

Sholto gritó. Forcejeó con la puerta. Todo resultó inútil.

—¡Listos! —gritó alguien en el exterior.

La poca luz que llegaba a través del orificio desapareció. Casi en el acto se oyó un ruido singular.

—¡Agua! —exclamó Violet, aterrada.

Sholto trató de tapar la boca de la manguera con una mano, pero alguien pareció adivinar sus pensamientos y aumentó la presión enormemente. El chorro llegó hasta la pared opuesta.

—Esto es el fin —dijo Sholto, resignado a morir.

Pero, de repente, se vio un rayo de luz por una de las paredes de la celda.

—¡Mire! —gritó la muchacha.

Sholto se precipitó hacia el muro. Al otro lado, una voz de hombre dijo:

—Esperen un minuto, por favor. Luego podrán escapar. Cierren la puerta cuando hayan salido. Junto al muro encontrarán una lámpara.

Violet lloraba de alegría. Por encima del ruido del agua, Sholto oyó ruido de unos pasos que se alejaban con rapidez.

Sholto encendió un fósforo. El nivel del agua rebasaba ya sus tobillos, aunque buena parte de ella escapaba por la rendija abierta

de modo tan inesperado.

Cuando hubieron transcurrido los sesenta segundos, empujó a Violet. La puerta terminó de abrirse y se hallaron en un angosto pasadizo, de pendiente en ascenso. A la derecha vieron una lámpara eléctrica colgada de un clavo oxidado.

—Alúmbreme, Violet —pidió Sholto.

Ella descolgó la lámpara. La puerta era pesadísima y Sholto necesitó de todas sus fuerzas para cerrarla. El flujo de agua al corredor cesó instantáneamente.

—Vamos, Sholto —dijo ella, todavía temblando de miedo.

Echaron a correr. Veinte metros más adelante, se encontraron ante una bifurcación.

En el ramal de la derecha se veía un papel, pegado a la pared, con una flecha y una significativa inscripción, todo ello en gruesos trazos de lápiz negro:

«A la cámara de lord William. ¡Esperen!»

Sholto y Violet cambiaron una mirada. Ella dijo:

—¿Hay algún hada buena o un genio protector en el castillo?

—Eso parece —sonrió él—. Sigamos, hermosa.

A los pocos pasos, encontraron una angosta escalera de caracol que se enroscaba en el interior del muro. La escalera terminaba a una altura indeterminada, pero que Sholto calculó no podía ser inferior a la del primer piso del castillo.

No había ninguna puerta. Sin embargo, encontraron otro papel, aunque sin mensaje, solo con una flecha que apuntaba a una de sus esquinas.

El papel estaba a la altura de la cabeza de un hombre. La flecha apuntaba oblicuamente hacia abajo y a la izquierda.

—Creo que ya lo entiendo —dijo Sholto, tras unos minutos de reflexión.

Con las dos manos, apretó la piedra hacia la cual, aparentemente, señalaba la flecha. Hizo fuerza y se oyó un leve chasquido.

El muro empezó a girar. Violet no pudo contener un suspiro de alivio.

—¡Salvados! —exclamó.

* * *

Cruzaron al otro lado de la puerta secreta y se encontraron en una vasta habitación, cuyos muebles y decoración no habían sido alterados en trescientos años. Sin embargo, todo presentaba aspecto de limpio y ordenado y, lo que era mejor, había comida y bebida sobre una mesa.

—Tengo ganas de conocer a nuestro genio protector —dijo Violet, mientras empezaba a untar con mantequilla una rebanada de pan—. Le levantaré un monumento y las autoridades pronunciarán discursos y le pondrán una corona de laurel en el pedestal. Yo le llevaré un ramo de flores cada nueve de mayo y... Sholto, ¿qué hace usted? —exclamó de pronto.

El joven se hallaba junto a la puerta de la estancia. Trató de abrirla, pero no pudo.

—No está la llave —dijo.

—Tiene órdenes de esperar. ¿Por qué quiere salir de aquí?

—La curiosidad, mujer —contestó Sholto, sonriendo.

—Llénese el estómago primero; es muy conveniente.

—Sí, tiene razón. ¿Sabe que me olvidé de desayunar? Empecé a leer las actas del proceso de lord William y me abstraí tan absolutamente, que ni siquiera atendí la llamada de mi apetito.

—Pues ahora puede hacerlo. No sé por qué será, pero el miedo me ha abierto también el apetito —dijo Violet jovialmente.

Comieron. Con un bocadillo en la mano, Sholto se acercó al gran ventanal que daba al patio. Y miró hacia abajo, procurando no ser visto.

El ventanal no tenía antepecho; era más bien un hueco de forma ojival, abierto en el muro, con dos bancos de piedra a ambos lados. Sholto observó el excepcional grosor de los muros, que medían más de metro y medio. Un débil rayo de sol se filtraba a través de la vidriera policromada e iba a chocar contra una de las grandes losas del suelo, bastante cerca del hueco.

Sholto frunció el ceño al observar aquella circunstancia. Consultó la hora y vio que eran más de las tres de la tarde. Aún faltaban casi tres horas para la puesta del sol.

Violet le llamó de pronto.

—Sholto.

—Eh... sí, dígame... —contestó él distraídamente.

—Usted ha dicho que ha leído todos los documentos del proceso. ¿Qué conclusiones ha obtenido de esa lectura?

—Si el oro existe o existió, no lo sé, pero no cabe la menor duda de que fue el móvil determinante de la conspiración que se urdió para llevarlo a la hoguera.

—Y sus acusadores buscaban ese oro.

—Sobre todo, Angus McOvid. De eso no cabe duda alguna. Lo buscaban, pero ¿lo encontraron?

—En el pergamino que usted encontró, está la clave del escondite, lo cual hace suponer que lord William dejó a sus acusadores con un palmo de narices.

—Es muy probable, Violet.

Ella se quedó de pronto pensativa.

—Sholto, ¿de dónde sacaría el oro lord William? —murmuró.

—Cuando murió, había cumplido ya cincuenta y dos años. Antes había recorrido mucho mundo, en una nave fletada por él mismo. Quizá se dedicó a la piratería, pero lo que sí es seguro, según las actas del proceso, es que acuñó su propia moneda y que en una de las caras figuraba la imagen del diablo. En la otra estaba el retrato del propio lord William y una inscripción en latín: William, Throgmoundis Rex.

—Es decir, Guillermo, rey de Throgmound.

—Justamente. Pero yo opino que esa inscripción significaba realmente que él era el señor de este dominio.

—Sin embargo, puso Rex y no Dominus, que hubiera sido lo correcto.

—Si pagaba a la gente con su propia moneda, la palabra Rex era más fácilmente inteligible que la otra.

—No cabe la menor duda. Pero ¿por qué grabó en el reverso la figura del diablo?

Sholto hizo un encogimiento de hombros.

—Quizá era un hombre con un acusado sentido del humor —opinó.

—Ese sentido del humor no era compartido por otros y lo llevó

a la hoguera —dijo Violet.

Callaron un momento. En el castillo había otras personas que tampoco tenían sentido del humor y que querían matarles.

* * *

—Conecta la bomba, Nick —ordenó Barry Hunt.

—Sí, jefe —contestó el gigante.

La bomba empezó a funcionar en sentido contrario. Una manguera lanzaba el agua al seco foso del castillo.

McCushoo se asomó a la puerta de su camión.

—¿No ha aparecido todavía la señorita Uthdrun? —gritó.

—Aún no —contestó Hunt, que ya se disponía a entrar en el castillo nuevamente—. No sabemos dónde está.

McCushoo lanzó una maldición.

—¿Cómo quieren que haga una película en estas condiciones? —bramó, colérico—. Hoy mismo me vuelvo a Londres, ¿me oye usted, Barry?

—¡Jim! —llamó Hunt.

—Dígame, jefe —contestó uno de los supuestos extras, llamado Jim Bytham.

—Vigila al señor McCushoo. Bajo ningún concepto debe abandonar el camión. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Hunt hizo un gesto con la mano.

—Vamos, Nick —ordenó—. Jim, cuando veas que ya no sale agua, para la bomba.

—Está bien.

Los dos hombres entraron en el castillo y se dirigieron hacia el subterráneo. Bajaron las escaleras y se situaron frente a la puerta donde habían encerrado a los prisioneros.

El ruido del agua era fácilmente perceptible a través de la manguera que la succionaba. Billow meneó la cabeza.

—Me pregunto si no hubiera resultado más cómodo liquidarlos de un tiro en la nuca —dijo.

Los ojos de Hunt brillaron de un modo singular.

—¿No crees que así ha resultado más divertido...? —contestó.

—Tal vez, pero no lo hemos visto —rezongó el gigante.

—Además, ello nos permitirá lanzar los cadáveres al Throgwills. Cuando les encuentren, algún forense dirá que, efectivamente, han muerto ahogados.

—Eso sí es verdad —reconoció Billow.

El ruido se atenuó y acabó por cesar.

—Abre, Nick —ordenó Hunt.

El gigante arrancó la manguera. Luego hizo girar la llave en la cerradura y abrió.

Hunt asomó la cabeza al interior de la celda. Un grito de rabia se escapó instantáneamente de sus labios.

—¡Maldición! ¡No están! —rugió.

Billow pegó un respingo.

—Imposible, jefe; tienen que estar ahí —exclamó.

—Asómate, idiota. ¿Crees que no tengo ojos en la cara?

Billow dio dos pasos dentro de la celda y miró asombrado a derecha e izquierda.

—¡Rayos! ¿No se habrán filtrado a través de las paredes, como dicen que hacen los fantasmas?

Hunt le miró un instante. Luego, de pronto, chasqueó los dedos.

—Eso es —dijo—. Un pasadizo secreto y...

Alguien le llamó de pronto desde lo alto de la escalera.

—¡Señor Hunt!

El sujeto se volvió.

—¿Qué quieres, Keith?

—Tiene visita —informó el mensajero.

Otra voz se oyó casi en el acto:

—No hace falta que subas, Barry; podemos hablar aquí perfectamente —dijo McOvid, a la vez que iniciaba el descenso de la escalera, seguido de Daine Peatle.

CAPÍTULO XIII

DESDE el ventanal, Sholto vio a dos personas que cruzaban el patio, una de las cuales le resultó conocida.

—¡Violet! —llamó.

La muchacha acudió presurosamente. Miró a través del ventanal y lanzó una exclamación de asombro.

—¡Harry McOvid!

—Acompañado del buen Cara de Piedra.

—¿Qué vienen a hacer aquí, Sholto?

—Es muy probable que no hayan llegado para tomar parte en la filmación. ¿No recuerda la fecha que es hoy?

—Sí, nueve de mayo, pero, eso ¿qué tiene que ver con...?

—Mañana es día diez, aniversario de la ejecución de lord William.

—¿Cree que ese detalle tiene importancia para nosotros?

—Juraría que sí. He pensado mucho en la frase que ya le repetí y que, a mi entender, encierra la clave de todo el asunto.

Violet le miró excitada.

—Usted ha descubierto su significado —dijo—. Hable, se lo ruego.

—La frase principal menciona que lord William podría haber visto su propia ejecución, caso de haber podido hacerlo así. También menciona el día del gran fuego. La hoguera, Violet.

—¡Es verdad! —exclamó ella—. Siga, Sholto.

—Había un punto oscuro: la primera luz. Ya lo he averiguado, aunque todavía me falta desentrañar el sentido de otra frase: tapar con las manos la primera luz.

—Seguramente querrá decir taparse los ojos.

—Quizá. —Sholto volvió a mirar a través del ventanal—. Pero

no podemos hacer otra cosa que esperar... y rogar para que mañana haga buen tiempo.

—¿Por qué, Sholto?

—Por la sencilla razón de que, si hace mal tiempo, habrá nubes; y si hay nubes, no veremos la salida del sol... la primera luz.

Violet se tapó la boca con las manos.

—Dios mío... —murmuró.

Luego corrió hacia la ventana. Sintióse notablemente deprimida al ver que el cielo se encapotaba de nuevo.

* * *

Violet dormía apaciblemente en el lecho que lord William había utilizado trescientos años antes. Sholto, envuelto en una manta, estaba sentado en un sillón.

La estancia se hallaba completamente a oscuras. Sholto había considerado prudente no encender ninguna luz, a fin de no delatar su presencia en aquel lugar.

Las horas transcurrían lentamente. En algún lugar del castillo se oyeron las musicales notas de un carillón, muy breves. Era la una de la madrugada.

Un ligero chasquido sonó de pronto. Sholto abrió los ojos.

Entraba un ligero resplandor de las estrellas a través de la ventana. El cielo, pese a los amenazadores síntomas de la tarde anterior, se había despejado por completo.

Una figura humana apareció en el dormitorio, llevando algo en las manos. Era una bandeja con comida.

—Gracias por el interés que demuestra por nuestra salud, amigo —dijo Sholto—. Pero, al mismo tiempo, me gustaría conocer su nombre.

El desconocido se irguió.

—Tiene usted el oído muy fino, profesor —elogió.

—He dormido antes un rato. Pensé que no vendría inmediatamente, sino cuando tuviera la seguridad de que estábamos dormidos. Pero ya hace un rato que estoy despierto.

—Si ya les dejé comida, era lógico que volviera, ¿no? —dijo el desconocido.

—Es la deducción adecuada. Bien, usted me conoce, pero

todavía no sé su nombre. ¿Existe algún grave inconveniente para que me lo revele?

—Ya, no. Soy Peter Sampson.

Sholto se irguió en el asiento.

—¡El prometido de lady Hester! —exclamó.

—En efecto.

—Lady Hester ha desaparecido. Me han dicho que se marchó a Londres.

—No ha desaparecido ni está en Londres —manifestó Sampson.

—Usted sí sabe dónde está.

—No podría dejar de ignorarlo, profesor. Hester y yo queremos casarnos muy pronto. Lo hubiéramos hecho antes, pero ella prefería esperar.

—¿Esperar?

—Sí. Está arruinada. Solo le queda Throgmound Castle.

—Oh, ya comprendo. Quiere encontrar el oro de su antepasado.

—Justamente. A mí ese oro me deja frío; me gana bien la vida y ella me interesa más que todas las riquezas del mundo. Pero a veces conviene ceder un poco.

Sholto sonrió.

—Una política muy inteligente, señor Sampson —comentó—. Me salvó una vez, cuando aquella loca quería llenarme el cuerpo de pinchazos.

—Evité algo que hubiera destruido nuestras vidas, profesor.

Hubo un momento de silencio.

Luego, Sholto dijo:

—Creo que comprendo.

—Lo celebro. ¿Puedo irme ya?

—Espere un momento, por favor. También nos salvó cuando esos forajidos que hay en el castillo quisieron ahogarnos.

—Yo estaba con Hester. Ella, como es lógico, conoce bien todos los detalles del castillo y los pasadizos secretos.

—Pero ustedes no podían saber...

—Lo sabíamos —contestó Sampson, sonriendo en la oscuridad.

—Ahora ya no me cabe la menor duda. ¿Fue ella la que me invitó a examinar los archivos?

—Por mi consejo, profesor.

—¡Hum! Diríase que he sido utilizado como instrumento... cultural.

—¿Acaso no le interesaba a usted la leyenda de lord William? Podrá componer un libro que le dará fama y dinero.

Sholto suspiró.

—Temo que es usted demasiado optimista, amigo mío. Esas cosas dan menos fama y menos dinero del que usted se imagina, aunque no puedo dejar de reconocer que es un tema que me apasiona —dijo.

—¿Lo ve? ¿No se siente contento solo de satisfacer su pasión?

—Estoy pagando un precio muy alto —gruñó el joven.

—Pero, al mismo tiempo, ayuda a lady Hester. Ella tiene la seguridad plena de que encontrará el oro de su antepasado.

—Habrá que defenderlo de la manada de buitres que merodean por el castillo, señor Sampson.

—Para eso estamos aquí —contestó el individuo gravemente—. ¿Puedo retirarme ya, profesor?

—Sí; pero les ruego estén listos antes del amanecer.

—¿Por qué?

—Hoy hace justamente trescientos veintitrés años que lord William fue quemado vivo. Si su mensaje es cierto, y yo lo he descifrado correctamente, a las seis y quince minutos, que es la hora que sale el sol, podremos hallar el escondite del oro.

—Una noticia muy reconfortante. Gracias por su valiosa ayuda, profesor.

—Ha sido un placer, señor Sampson —contestó el profesor.

Sampson se marchó por el mismo pasadizo secreto.

Sholto sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Arrimó un fósforo encendido al extremo y aspiró la primera bocanada de humo.

Una mano surgió por detrás de él y le arrebató el cigarrillo.

—Enciéndase otro, Sholto —dijo Violet.

* * *

—Lo ha oído todo, ¿eh? —dijo el joven, instantes más tarde.

—Prácticamente, todo. Me desperté a poco de iniciada la

conversación, pero simulé continuar dormida.

—Una acción bastante inteligente. ¿Qué le parece el tal Sampson?

—Está muy enamorado de lady Hester.

—Ella se lo merece, opino.

—Usted la conoce mejor que yo, Sholto.

—No vaya a creer. La he visto en un par de fiestas y de ello hace ya algunos años. Fueron unos momentos muy breves y lo que hablamos apenas si pasó de unas frases de mera cortesía. Me pareció amable y discreta, aunque algo distante.

—Además de atractiva.

Sholto expulsó una bocanada de humo.

—Bien, sí, creo recordar que era muy guapa —convino—. Pero no era la única mujer en aquellas dos reuniones. Vi muchas caras bonitas, ¿comprende?

—Ahora la va a convertir usted en una mujer muy rica.

—Si mis deducciones resultan correctas y se hace realidad la existencia del tesoro de lord William, no lo olvide.

Violet consultó su reloj de pulsera a la rojiza luz de la brasa de su cigarrillo.

—Son casi las dos. Todavía faltan más de cuatro horas para la salida del sol —dijo.

Sholto se arrellanó en el sillón.

—Entonces, no nos queda otro remedio que utilizar la única arma de que disponemos en estos momentos.

—No tenemos ninguna...

—La paciencia, Violet, la paciencia —contestó él maliciosamente.

* * *

—Tu plan no me ha convencido nunca demasiado —dijo Hunt, situado junto a la chimenea y con una copa balón en las manos.

—Era el mejor, ¿no? Ese tonto de McCushoo nos vino muy bien cuando me habló de su película de terror. Este es un lugar muy apropiado para hacer una cosa así, de modo que no podíamos desaprovechar la ocasión.

—Pero...

—Escucha, Barry, no irás a decirme que no debíamos venir precisamente hoy —rezongó McOvid—. Hubiera resultado demasiado sospechoso, ¿comprendes? Había que estar en Throgmound Castle con antelación. Y, a fin de cuentas, apenas faltan ya unas pocas horas para conseguir lo que deseamos.

—Suponiendo que la leyenda sea cierta.

—Lo es —afirmó McOvid rotundamente.

—Me enseñaste algunos documentos viejos. ¿Crees en ellos?

—Sin la menor duda, Barry.

—Entonces, también tendrás que creer en la maldición de lord William.

McOvid también tenía una copa. Bebió un trago y, tras chasquear la lengua apreciativamente, contestó:

—De las maldiciones y de los fantasmas, me río yo a todas horas, Barry. No creo en nada que no se pueda ver o tocar.

—Muy bien, pronto podremos comprobar cuál de los dos tiene razón.

—Yo, pedazo de tonto, yo —dijo McOvid, riendo satisfecho.

—No rías demasiado. Ormyne escapó.

—Si hiciste lo que yo te dije, ni se acordará de lo que pasó en el castillo.

—Hubiera preferido que se tomase el vino envenenado. Era más seguro, Harry.

McOvid se encogió de hombros.

—Se lo tomó la pobre Billie —dijo—. Mala suerte para ella.

—Violet la obligó. Ella accedió porque creía que solo contenía narcótico.

—Eso es cosa que ya no me preocupa. Ni tampoco los dos estúpidos que fallaron en la posada. Además, sirvieron de «ambiente» para la película.

McOvid levantó su copa.

—Por el tesoro de lord William —brindó.

Hunt consultó el reloj.

—Solo faltan ya dos horas y unos minutos —indicó.

Ninguno de los dos individuos se fijó en que unos ojos les vigilaban desde un cuadro situado frente a la chimenea. En el rostro del retrato de lord William faltaban los ojos.

Habían sido sustituidos momentáneamente por unos auténticos. De pronto, solo quedaron los huecos, pero alguien los tapó con los trozos de tela que faltaban, situados en un pequeño bastidor con una tela transparente, que permitía la colocación exacta en su sitio.

Luego, Peter se volvió hacia la hermosa mujer que tenía a su lado.

—Vámonos, Hester, ya hemos oído bastante —dijo.

—Sí, Peter —contestó la dueña de Throgmound Castle.

* * *

Una ligera claridad se vio hacia el este. Sholto se levantó y pasó al cuarto de baño, contiguo al dormitorio y que formaba parte de la modernización de las instalaciones del castillo.

Se echó un poco de agua a la cara y terminó de despabilarse. Luego despertó a Violet, que se había dormido de nuevo.

—Levántese, ya es la hora.

Violet se incorporó en el acto. Asombrada, vio que Sholto desaparecía por el corredor secreto, pero no tuvo tiempo de hacerle ninguna pregunta.

Sholto se movió con rapidez, pero también con el máximo de discreción. Consiguió salir fuera del castillo y buscó en el camión donde se alojaban los supuestos extras.

—Si siguen durmiendo, se perderán algo bueno —dijo desde la puerta—. Entren en el castillo y suban al primer piso dentro de un cuarto de hora.

Sholto no esperó a que le pidieran aclaraciones. Echó a correr de nuevo y regresó al dormitorio por el mismo camino.

Pero no llegó a entrar. Simplemente, se asomó desde la puerta secreta y llamó a la muchacha:

—Venga aquí, Violet.

CAPÍTULO XIV

LA puerta del dormitorio se abrió. McOvid asomó su cabeza cautelosamente.

—No hay nadie —dijo, satisfecho.

—Pero han estado aquí —murmuró Hunt, preocupado el ver la bandeja con restos de comida.

—Ahora no están que es lo que importa —McOvid consultó su reloj—. Faltan ya menos de diez minutos.

—¿Para llevarse el tesoro de lord William? —sonó de pronto la voz de Sholto.

Los dos hombres respingaron de asombro.

—¡Usted! —exclamó Hunt.

—Yo mismo, en efecto —sonrió Sholto—. ¿Sabes ya dónde está el oro de lord William?

—En esta habitación, seguro. No conocemos el lugar exacto, pero lo encontraremos, aunque tengamos que destruir todos los muros —dijo McOvid.

Detrás de los dos sujetos estaban Billow y Cara de Piedra. Sholto comprendió que eran los únicos esbirros de confianza de la pareja. Los demás no eran sino una fuerza de reserva, compuesta por tipos sin relieve especial alguno.

—Si sabía que está aquí, ¿por qué no vino antes, Harry? —quiso saber el joven.

—Algo tiene que ocurrir hoy —respondió McOvid—. No sé exactamente qué es, pero ocurrirá. Y si no sucede nada, lo provocaremos nosotros.

—De modo que no ha podido descifrar la clave.

—No del todo. Hay algo que se me escapa, lo confieso. Sé que sucederá al amanecer... o debe suceder.

—Ustedes no verán el oro —dijo Hunt amenazadoramente.

—¿Está seguro de ello? —Sholto sonrió con cierto desdén—. Harry, ¿por qué mataron a Edmund Grover, precisamente en casa de Violet Kinmore?

—Eso se lo explicará mejor ella —contestó McOvid.

—No lo sé —dijo Violet—. Lo único que sé es que apareció muerto en mi cama. Ni le conocía siquiera, así que no mienta, miserable. Usted quiso comprometerme, pero fue un acto estúpido. Estoy segura de que tenía alguna cuenta pendiente con Grover y aprovechó la ocasión para quitarlo de en medio, procurando, al mismo tiempo, que yo me viese metida en un buen lío.

—Usted vigilaba mi local...

—Vigilaba a un habitual de su taberna, por encargo de su esposa celosa, estúpido. Pero si su conciencia no estaba limpia, era lógico que le hiciera ver cosas que no eran ciertas.

McOvid abrió la boca, estupefacto. Sholto contuvo una sonrisa, al ver la expresión que aparecía en el rostro del sujeto.

—Evelyn también estaba mezclada en el asunto, ¿no es cierto? —preguntó a continuación.

—A estas horas, resultaría ya tonto no admitirlo... —masculló el dueño de la taberna.

—Pero ustedes sabían que yo tenía que venir a Throgmound Castle. ¿Cómo se enteraron de ello?

—Lady Hester anunció que usted llegaría aquí. Previamente, yo había despedido a la cocinera, la doncella y el mayordomo, y coloqué a otros en su lugar. Naturalmente, simulé una orden de lady Hester.

—Así pues, el mayordomo y las dos mujeres...

—Solo Billie estaba en parte al corriente. Jeenys y la cocinera no saben nada.

—Simplemente, son neutrales.

—Exacto.

—¿Qué me dice de Ormyne?

—Desempeñaba el papel de lady Hester. Jeenys y las otras dos, naturalmente, no la conocían.

—Yo me refería a la artista, Harry.

—Curiosamente, la chica a la que contratamos tenía el mismo

nombre —explicó McOvid—. Pero ha desaparecido.

Sholto sonrió.

—Yo diría que no ha desaparecido. La segunda Ormyne es, en realidad, lady Hester Spencer —dijo.

McOvid volvió a abrir la boca. Hunt soltó una maldición.

Violet no se sentía menos estupefacta. De pronto, Sholto oyó un ligero rumor que procedía del cercano corredor.

—Creo que ya es hora de desenterrar un tesoro que ha estado escondido durante trescientos años —dijo.

* * *

Ya se veía un ligero resplandor rojizo en el horizonte. Sholto se acercó a una de las esquinas del ventanal.

Varios pares de ojos contemplaban ansiosamente el menor de sus movimientos. Sholto lanzó una mirada a las cercanas colinas y luego a las piedras que tenía frente a sí.

Un rayo de sol atravesó el ventanal y chocó contra una piedra. Sholto puso las manos sobre el grueso sillar de granito.

—Hay que tapar con las manos la primera luz —dijo, sonriendo.

Violet contuvo una exclamación de asombro al comprender. Hunt sacó una pistola.

—Ya es bastante —dijo—. Gracias por habernos dado la clave, profesor.

Sholto continuaba sonriendo. De súbito, empujó a fondo.

Se oyó un fuerte chasquido. La piedra giró cuarenta y cinco grados sobre un eje vertical.

Un segundo después, se oyó un crujido. A un metro del suelo, todo un lienzo del muro volteó sobre sí mismo, dejando ver un hueco de metro y medio de anchura, por dos de alto y casi uno de profundidad.

Una brillante catarata de monedas surgió del escondite, con estruendoso tintineo. Había cientos, miles de gruesos discos de oro.

Sholto dio un salto hacia atrás.

—¡Adelante, muchachos, a por el oro! —exclamó.

Sonaron varios gritos de júbilo. McOvid y Hunt, atónitos, se volvieron hacia la puerta.

Seis hombres se lanzaron en tropel hacia el enorme montón de

oro que se había formado al pie del hueco. Algunas de las monedas estaban encerradas en gruesos saquitos de cuero, de los que había tres o cuatro.

El escándalo era inenarrable. McOvid pareció enloquecer, lo mismo que su compinche.

—¡Atrás, atrás! ¡El oro es nuestro! —gritaban, ciegos de rabia.

Pero ni siquiera Peatle ni Billow les hacían caso. Ardiendo de furia, Hunt disparó un par de tiros.

Cayó un individuo. Otro le arrebató la pistola de las manos y vació en su boca el resto del cargador.

McOvid quiso apartar a los enloquecidos individuos. Golpeó a Peatle, pero el rufián ni pareció notarlo. Billow se había apoderado de un pesado saquito y quiso arrebatárselo.

Billow no se sentía menos cegado por la codicia que los demás. Furioso, alzó el saco con ambas manos y descargó un terrible golpe.

El cráneo de McOvid se abrió como una fruta madura. Billow se apoderó del saquito de nuevo, indiferente al sujeto que se había desplomado fulminado a sus pies.

De repente, se oyó una voz tonante en la puerta:

—Será mejor que levanten las manos y se entreguen sin hacer resistencia.

Los pistoleros parecieron reaccionar. Varios hombres de uniforme, todos ellos armados, irrumpían en el dormitorio.

Peatle vio así la ruina de sus sueños. Sollozó lastimeramente, mientras, arrodillado en el suelo, acariciaba las monedas de oro que brillaban por todas partes.

* * *

—Sí —confesó Sampson—, yo avisé a la policía. Y, ciertamente, llegaron a tiempo.

—Fue un aviso muy oportuno, en efecto —convino Sholto, mientras lady Hester llenada las copas—. Pero ¿quién me envió cierta nota con un brazo supuestamente amputado?

Lady Hester se echó a reír.

—Fui yo, por consejo de Peter —explicó—. Peter pensó que, de este modo, usted se sentiría espoleado a venir aquí.

—Una especie de incentivo suplementario, ¿eh?

—Justamente. Tanto Hester como yo teníamos la seguridad de que usted sabría descifrar la clave. A mí no es que me importe demasiado ese oro, pero sí quería casarme con ella cuanto antes.

—Ya entiendo —dijo Sholto pensativamente—. Pero lady Hester quiso matarme con aquel diabólico ataúd...

—La habían drogado, infiltrando en su mente la orden de asesinarle, a la vez que le hacían creer que era una acción necesaria para desempeñar mejor su papel en la película.

—Pero ¿cómo consiguió convertirse en la estrella? —preguntó Violet, llena de curiosidad.

—Hace algún tiempo, desempeñé papeles sin importancia, bajo el seudónimo de Ormyne Uthdrun —explicó lady Hester—. El propio McCushoo me asignó el papel de estrella en su película.

—Y se ponía una gran peluca rubia —sonrió Sampson.

—Es la que yo encontré en el subterráneo —dijo Violet.

—Sí, se le cayó cuando yo la aparté violentamente de la celda donde el profesor estaba a punto de morir. Entonces la reconocí y me la llevé. Lo demás, ya se sabe.

Sholto tomó una de las monedas que había sobre la mesa. Habían dejado fuera unas cuantas; las demás, estaban a buen recaudo.

—Lord William tenía algún escandinavo entre sus antepasados —dijo—. Por eso se le ocurrió representarlo con el casco con cuernos, clásico de los vikingos. Alguien lo confundió con la imagen del diablo.

—Sí, sobre todo, teniendo en cuenta la relativa imperfección de los troqueles con que acuñaba su moneda —manifestó Sampson—. Pero no cabe la menor duda de que era un hombre de humor.

—De nada le sirvió. Unos cuantos envidiosos quisieron apoderarse de su fortuna... Y en el descendiente del principal acusador se cumplió la maldición lanzada por lord William cuando ya estaba a punto de morir quemado vivo.

Sholto recordó la forma en que había muerto McOvid y se estremeció. McOvid se había burlado de la maldición, pero, quizá, en el último instante de su vida, pudo comprobar, con infinito terror, que lord William no había perdonado a quienes le enviaron injustamente a la hoguera.

Hymie Rand y Ness Crillus estaban ya arrestados. Podía decir que todo había terminado.

—Violet, tenemos que irnos —dijo.

—Sí, profesor.

—Esperen —pidió lady Hester—. ¿Peter?

—Oh, sí, querida —contestó Sampson—. Ya lo había olvidado.

Sacó un cheque y lo puso delante de la pareja.

—Nuestro regalo de bodas —dijo, sonriendo.

—Nunca he visto a una pareja que se vaya a casar y haga regalos a los invitados, en lugar de recibirlos —exclamó Violet.

—Pero ¿es que no se van a casar ustedes? —preguntó lady Hester.

—¡Oh! —dijo la muchacha, muy encarnada.

Sholto la agarró por un brazo.

—Sí, nos vamos a casar —afirmó tajantemente.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España